

Cuaderno sobre secuestro de migrantes.

Dimensión, contexto y testimonios
de la experiencia de la migración
en tránsito por México.



Cuaderno sobre secuestro de migrantes.

Dimensión, contexto y testimonios
de la experiencia de la migración
en tránsito por México.





**Cuaderno sobre secuestro de migrantes.
Dimensión, contexto y testimonios de la experiencia
de la migración en tránsito por México.**

Cuaderno coeditado por el Centro de Derechos
Humanos Miguel Agustín Pro Juárez, A.C.
y la Casa del Migrante de Saltillo

<http://centroprodh.org.mx>
prodh@centroprodh.org.mx

<http://www.facebook.com/casamigrantesalttillo>
direccion@cdmsalt.org

Serapio Rendón 57-B, Colonia San Rafael,
CP 06470, México, D.F.
Juan de Erbáez, 2406,
Col. Landín. C.P. 72440, Saltillo, Coahuila

Primera edición: México, D.F., diciembre de 2011

El contenido de este documento puede
ser reproducido total o parcialmente citando
la fuente y enviando copia de lo publicado
al menos a uno de los coeditores.

Diseño de portada e interiores
y formación editorial: estudio g&q
contacto@estudiogq.net
www.estudiogq.net



Este informe fue apoyado por el Fondo Canadá
para Iniciativas Locales.

Índice

Introducción

-5-

*El secuestro de personas migrantes
en tránsito por México*

-11-

Los relatos

-19-

Conclusiones

-61-



Introducción



5

La migración es un fenómeno mundial que, a lo largo de las últimas décadas, ha sido motivado y acrecentado por la lógica económica-productiva de un sistema de libre comercio que fomenta el movimiento de los seres humanos desde los países no desarrollados hacia aquellos que prometen condiciones para mejorar la calidad de vida.

Desde hace varios años, Centroamérica se ha consolidado como una región expulsora de migrantes debido a las constantes crisis económicas y sociales que imperan, así como a la nula capacidad de los Estados de procurar condiciones de vida digna para sus ciudadanos. Esto significa que, incluso antes de salir de sus comunidades de origen, quienes se convierten en migrantes son, de por sí, víctimas de graves violaciones a sus derechos humanos.

La condición de vulnerabilidad por la falta de garantías de derechos humanos en el país de origen se agrava durante el tránsito por México debido a dos factores. El primero de ellos es la invisibilidad o clandestinidad en la que la personas migrantes se ven obligadas a transitar: el enfoque de control de la política migratoria impide que quienes necesitan cruzar México lo puedan hacer de forma documentada, lo cual los obliga a viajar de manera irregular por los caminos más peligrosos del país. El segundo factor es el contexto

...el secuestro a personas migrantes se perpetúe como una práctica generalizada a lo largo de toda la ruta migratoria.

6

de violencia actual del país, que ha permitido que se cometan con impunidad graves violaciones a derechos humanos en contra de esta población, sin que ni siquiera la denuncia pública y ante instancias internacionales haya hecho nada para detener los abusos.

Esta situación ha traído como consecuencia que el secuestro a personas migrantes se perpetúe como una práctica generalizada a lo largo de toda la ruta migratoria. Desde el año 2008, varias Casas del Migrante comenzaron a registrar y documentar los testimonios de las personas migrantes sobrevivientes de secuestro. Lo que en un principio parecía ser esporádico y circunstancial, pronto se convirtió en una verdadera crisis humanitaria que cuestiona de raíz no sólo la política migratoria, sino también toda la estrategia gubernamental que pone a la seguridad nacional por encima de la seguridad ciudadana y humana.

La denuncia de las organizaciones que trabajan con personas migrantes fue pronta y se realizó ante todas las esferas gubernamentales posibles. Se buscó el diálogo directo con autoridades municipales, estatales y federales y se denunció la perpetración de secuestros ante las procuradurías estatales y la Procuraduría General de la República (PGR). De la misma forma, se realizaron y dieron a conocer ante los medios de comunicación y la opinión pública distintos informes sobre la situación que detallaban cruentamente la crisis de la migración en México. A pesar de que las cifras, datos y testimonios se expusieron durante más de dos años en foros gubernamentales, académicos y de la sociedad civil a lo largo de todo el país, el delito de secuestro a migrantes continuó creciendo.

En esta historia de denuncia cabe destacar que, en marzo del 2010, varias organizaciones, entre ellas la Casa del Migrante de Saltillo (CMS) y el Centro de Derechos Humanos Miguel





Agustín Pro Juárez, A.C. (Centro Prodh), acudimos ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) a una audiencia temática con el tema de secuestros a personas migrantes en tránsito por México. En aquella fecha, los representantes del gobierno mexicano no manifestaron tener respuesta alguna ante los cuestionamientos hechos por los Relatores de la CIDH; posteriormente, entregarían un informe ante este organismo internacional que negaría lo declarado en reiteradas ocasiones por la sociedad civil.

No fue sino hasta agosto del 2010, cuando se encontraron 72 cadáveres de migrantes centroamericanos en San Fernando, Tamaulipas, que el gobierno mexicano se vio obligado a reconocer la magnitud de la problemática del secuestro a migrantes. Sin embargo, la respuesta llegó de tarde y no asumió un verdadero compromiso de atención y protección a las víctimas; mucho menos ha generado garantías de no repetición.

Luego de un año y cuatro meses de la masacre en San Fernando, de que recientemente se promulgara la nueva Ley de Migración y después de que Felipe González, Relator para Migrantes de la CIDH visitara el país, las condiciones de tránsito de las personas migrantes continúan siendo sumamente peligrosas, mientras que su estancia en este país es prácticamente imposible sin el apoyo y la intervención constante de la sociedad civil organizada.

Los secuestros a personas migrantes han lastimado la dignidad e integridad de miles de víctimas, de sus familias y de sus comunidades, trayendo consecuencias que perdurarán incluso en las generaciones futuras. Sin embargo, la esperanza que las víctimas han encontrado muchas veces se sustenta en verbalizar la experiencia. Relatar lo sucedido sirvió para crear empatía y fortalecer la dignidad humana, pero también para cimentar la base de la procuración de la justicia, cuyo camino, a pesar de no parecer cierto en este momento, deberá ser encontrado.



Mostrar la crudeza de estas historias constituye una responsabilidad moral e histórica para aquellos que acompañamos cotidianamente a estas voces.

8

Mostrar la crudeza de estas historias constituye, sin duda, una responsabilidad moral e histórica para aquellos que acompañamos cotidianamente a estas voces. El dolor cobra significado a lo largo de los relatos que a continuación se exponen, pero están aquí para que nunca más se vuelvan a escribir; para que nunca más se vuelvan a vivir. Históricamente, el dolor del pueblo centroamericano ha sido grande y ha tenido varios motivos; hoy en día, el gran dolor surge y se perpetra en México. Es necesario que las generaciones futuras lo sepan y lo reconozcan; es fundamental que los hijos y nietos de estos migrantes conozcan el sufrimiento de sus padres. De esta forma, heredarán las heridas, pero también la esperanza de transformar la historia de su pueblo.

Los relatos están en las voces y el lenguaje de los hombres, mujeres, niños, niñas y adolescentes migrantes. Debido a que quisimos privilegiar su palabra, fueron transcritos textualmente, por lo que se leerán ciertas particularidades en el uso del lenguaje propio de los países centroamericanos. Al final de cada historia se encuentra el nombre, la nacionalidad, la edad, el estado civil y, en su caso, el número de hijos de cada víctima. Esto para recordar, ahora y en el futuro, que quienes han transitado por México son personas y, por ende, tienen una familia y una historia.

Muchos de los testimonios que se presentan son verdaderos actos de barbarie, que resultarán duros y crueles para quienes los lean; sin embargo, son necesarios si de relatar la verdad se trata y, sobre todo, si se quiere escuchar la voz de las y los protagonistas, aquellos que, a decir de un migrante albergado en la CMS, por las noches “lloran, gritan, se quejan, parece que todos tienen pesadillas, a mí sólo se me va el sueño, me quedó el miedo a la oscuridad, después de lo que viví, pero al resto de los compañeros, a los que sí pueden dormir, yo los observo por las noches, y todos o la mayoría, lloran, gritan, se mueven, se quejan (...)”.

El secuestro de personas migrantes en tránsito por México



11

Los derechos humanos son aquellas prerrogativas que, entre otros objetivos, tienen como función proteger a todas las personas frente a abusos del poder estatal. Su naturaleza universal implica validez en todo el mundo y sin excepción; sin embargo, el México actual vive una violación sistemática de estas garantías debido a la “guerra contra el crimen organizado”, así nombrada y ejecutada por el presidente Felipe Calderón¹. Las más de 50 mil personas asesinadas en el período de diciembre de 2006 a diciembre del 2011 dan muestra de que una gran parte de la población se encuentra siendo vulnerada en sus derechos más básicos.

Este contexto de violencia permea todos los estratos de la vida en México. De manera particularmente trágica, se ha insertado en la ruta de tránsito de las personas migrantes que, en manera irregular, transitan el país con la intención de cruzar a Estados Unidos. La máxima expresión de esta situación está manifestada en lo que Rodrigo Escobar, Relator para México de la CIDH,

¹ Cfr. Herrera Beltrán, Claudia. *El gobierno se declara en guerra contra el hampa; inicia acciones en Michoacán*, La Jornada. Michoacán, 12 de diciembre de 2006, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2006/12/12/index.php?section=politica&article=014n1pol>

Debido a la capacidad de permear instituciones gubernamentales y comunidades enteras, la comisión de secuestros se ha desplegado por toda la ruta del tránsito migratorio.

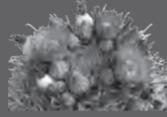
ha denominado como una “verdadera tragedia humanitaria”², refiriéndose a la situación de secuestros masivos en México, que deja notables secuelas físicas y psicológicas en la víctimas, en sus familias y en sus comunidades.

Hoy en día, el secuestro a migrantes es un delito sistemático y generalizado porque es una de las actividades más redituables para el crimen organizado en México. De acuerdo con los dos Informes Especiales sobre Secuestro de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH)³, cada seis meses son víctimas de este delito alrededor de diez mil personas migrantes, cifra que ha tendido a aumentar tanto en cantidad como en nivel de violencia. De la dimensión de la problemática dan testimonio los casos que en la CMS se han registrado desde el año 2008, mismos que señalan que, ante esta problemática, no hay distinción alguna de sexo o de edad: lo mismo se llevan a mujeres que hombres, ancianos, adolescentes, niños y niñas.

De su comienzo como una privación de la libertad relativamente breve, los secuestros a migrantes se han convertido en prolongadas estancias en las llamadas casas de seguridad en donde los testimonios, las historias y las condiciones que enfrentan suelen ser similares en la gran mayoría de los casos. Debido a la capacidad de permear instituciones gubernamentales y comunidades enteras, el escenario de la comisión de secuestros se encuentra desplegado por toda la ruta del tránsito migratorio. Generalmente, las víctimas de secuestro no permanecen en los lugares en los que son privados de su libertad, sino que son llevados a otros estados.

2 Centro Prodh. Secuestro a Migrantes en México, [una tragedia humanitaria]: CIDH, Washington, D.C., 22 de marzo de 2010, disponible en: http://centroprodh.org.mx/prodh/index.php?option=com_content&view=article&id=3%3Asecuestro-de-migrantes-en-mexico-una-tragedia-humanitaria-cidh&catid=1%3Asistema-interamericano&Itemid=16&lang=es

3 El primer informe fue emitido por la CNDH el 15 de junio de 2009 con el título de Informe Especial sobre los casos de Secuestro en contra de Migrantes, disponible en: http://cndh.org.mx/sites/all/fuentes/documentos/informes/especiales/2009_migra.pdf. El segundo informe publicado por la CNDH es el Informe Especial sobre Secuestro de Migrantes en México del 22 de febrero de 2011, disponible en: http://www.cndh.org.mx/sites/all/fuentes/documentos/Index/InfEspecialSecuestroMigrantes_8.pdf



El secuestro y los delitos que lo acompañan

El artículo 9 de la Ley Federal para Prevenir y Sancionar el Secuestro señala que comete este delito quien priva de la libertad a otro para obtener, para sí mismo o para alguien más, un rescate o cualquier otro beneficio. Así mismo, quien detenga en calidad de retén a una persona y la amenace con privarla de la vida o causarle daño, para obligar a sus familiares o alguien más a realizar o dejar de hacer un acto cualquiera⁴. De acuerdo con la jurisprudencia internacional y según el Manual de lucha contra el Secuestro de la Organización de las Naciones Unidas (ONU)⁵, el secuestro es un incidente de carácter crítico y una amenaza para la vida. Según este concepto, viola la libertad individual que socava los derechos humanos.

La problemática añadida al secuestro de personas migrantes es la desaparición forzada, acto violatorio de derechos humanos en el que, de manera activa o pasiva, participan funcionarios y servidores públicos en colusión con agentes del crimen organizado. De acuerdo con el artículo 215-A del Código Penal Federal, comete el delito de desaparición forzada “[...] el servidor público, que independientemente de que haya participado en la detención legal o ilegal de una o varias personas, propicie o mantenga dolosamente su ocultamiento bajo cualquier forma de detención”⁶.



4 Ley General para Prevenir y Sancionar los Delitos en Materia de Secuestro, Reglamentaria de la Fracción XXI del artículo 73 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, artículo 9, visto en <http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGSPDMS.pdf>

5 Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. Manual de lucha contra el secuestro, Viena, Austria, 2006. Disponible en: http://www.unodc.org/documents/southerncone//Topics_crime/Publicacoes/Manual_antisequestro_ONU.pdf

6 Código Penal Federal, en su última reforma DOF 24-10-2011, visto en <http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/9.pdf>

Los testimonios de los sobrevivientes dan cuenta de la magnitud de esta problemática en todo el país.

14

De acuerdo con el artículo II de la Convención Interamericana sobre Desaparición Forzada, esta violación a derechos humanos es definida como la privación de la libertad de una o más personas, cualquiera que fuere su forma, cometida por agentes del Estado o por personas o grupos de personas que actúen con la autorización, el apoyo o la aquiescencia del Estado, seguida de la información o negativa a reconocer dicha privación de la libertad o de informar sobre el paradero de la persona, con lo cual se impide el ejercicio de los recursos legales y garantías procesales⁷.

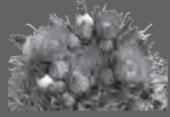
Tanto en el secuestro como en la desaparición forzada es común que las víctimas sufran violaciones a su derecho a la seguridad y a la integridad personal, entre las que sobresale la tortura. Según la Ley Federal para Prevenir y Sancionar la Tortura, comete este delito quien inflige a una persona dolores o sufrimientos graves, sean físicos o psíquicos, con el fin de obtener, del torturado o de un tercero, información o una confesión, o castigarla por un acto que haya cometido o se sospeche ha cometido, o coaccionarle para que realice o deje de realizar una conducta determinada⁸. Por otra parte, la Convención Interamericana para prevenir y sancionar la Tortura señala que es tortura “todo acto realizado intencionalmente por el cual se inflijan a una persona penas o sufrimientos físicos o mentales, con fines de investigación criminal, como medio intimidatorio, como castigo personal, como medida preventiva, como pena o con cualquier otro fin. Se entenderá también como tortura la aplicación sobre una persona de métodos tendientes a anular la personalidad de la víctima o a disminuir su capacidad física o mental, aunque no causen dolor físico o angustia psíquica”⁹.

Inserto en un contexto de guerra, en México el reclutamiento forzado se da no sólo entre migrantes víctimas de secuestro, sino también entre jóvenes de comunidades urbanas y rurales que quedan bajo control económico, social y político de grupos violentos.

7 Convención Interamericana sobre Desaparición Forzada de Personas, Belém do Pará, Brasil; 09 de Junio de 1994. Visto en <http://www.oas.org/juridico/spanish/tratados/a-60.html>

8 Ley Federal para Prevenir y Sancionar la Tortura, dada el 27 de Diciembre de 1991, artículo 3º, párrafo reformado DOF 02-07-1992

9 Convención Interamericana para Prevenir y Sancionar la Tortura (adoptada en Cartagena de indias, Colombia, el 9 de diciembre de 1985 en el decimoquinto período ordinario de sesiones de la asamblea general), <http://www.cidh.oas.org/basicos/basicos6.htm>



El reclutamiento forzado de personas migrantes, particularmente de hombres jóvenes, es una clara amenaza contra la vida, la seguridad y la integridad. Algunos sufren esta condición cuando no cuentan con nadie que pueda pagar su rescate; sin embargo, hay otros que han sido privados de su libertad con el único propósito de obligarlos a realizar actividades ilícitas. Los testimonios de los sobrevivientes dan cuenta de la magnitud de esta problemática en los estados de Tamaulipas, Zacatecas, y Coahuila, así como en la ciudad de Monterrey, Nuevo León.

Los relatos señalan que las personas migrantes son utilizadas para combatir frontalmente contra otros grupos del crimen organizado o contra las fuerzas federales. Algunos son llevados a los campos de entrenamiento, otros son llevados directamente a los enfrentamientos y dotados de armas de fuego, sepan o no utilizarlas. De acuerdo con lo narrado por las víctimas,



los migrantes son preferidos por la delincuencia organizada, pues suponen que han pertenecido al ejército, a la guerrilla, o a las pandillas en Centroamérica. A pesar de que la pertenencia a este tipo de grupos suele no ser común en los grupos poblacionales que transitan por México, el imaginario popular puede apresurarse a concluir lo contrario.

La otra modalidad que se ha registrado es la cooptación vía el convencimiento, misma que afecta sobre todo a adolescentes, personas discapacitadas, mujeres y ancianos, quienes por la vulnerabilidad que representan, aceptan realizar actividades ilícitas.

Distintos testimonios recabados en la CMS dan cuenta de la tortura física y psicológica que las personas migrantes

víctimas de secuestro han sufrido. Golpizas y “tablazos”, así como la privación de alimentos, el mantenerlos desnudos, la restricción de necesidades fisiológicas, la privación del sueño y el ser amenazados con armas, machetes o cuchillos de manera constante, son, con frecuencia, ejemplos del ejercicio de la tortura física. Estos actos van acompañados de humillaciones, insultos, burlas y agresiones sexuales, pero también de la obligación de golpear a sus propios compañeros, de presenciar asesinatos y violaciones sexuales; todas ellas, formas de tortura psicológica.

Otro delito derivado del secuestro es la trata de personas, por lo que quienes son víctimas de este delito serán, en su mayoría, sometidas a la explotación laboral y sexual. Muchas migrantes son secuestradas y cruzan México a través de una larga cadena de bares, cantinas y otros lugares, en los que se ejerce la explotación sexual en sus modalidades de prostitución forzada; explotación sexual comercial; pornografía y turismo sexual. Asimismo, las mujeres son obligadas a trabajar como cocineras o encargadas de limpieza en las “casas de seguridad”.

Por otro lado, los hombres migrantes también son víctimas de trata de personas cuando los secuestradores los obligan a trabajar para ellos. Los testimonios constan que los hombres son forzados a trabajar en las cosechas de los secuestradores, otros deben limpiar las “casas de seguridad”, cocinar para los demás migrantes, sometidos como parte de la servidumbre de los jefes y utilizados para enganchar a otros migrantes en las vías.



Los relatos



1

En la casa a la que nos llevaron (...) había migrantes que tenían varios días y hasta semanas ahí dentro. Unos no tenían dedos ni de las manos ni de los pies y a algunos les faltaban las manos o los brazos. Los secuestradores se los habían cortado, porque su familia no respondía o no podía pagar. Puedo decir que ellos no respetaban ni la edad, porque había como cinco niños de quince años y a ellos también les habían cortado los dedos de las manos; los pobres se quejaban todo el tiempo, por la noche lloraban mucho, pues tenían temperatura y se desangraban poco a poco. Aunque no nos podíamos acercar a ellos, porque nos golpeaban los secuestradores, yo ayudé a uno de los niños. Él se llama Eduardo y es hondureño, yo pienso que ahora él ya está muerto, porque tenía como quince días secuestrado y estaba bien flaquito; a él le cortaron tres dedos, dos de la

Nos empezaron a preguntar que si teníamos familiares en el norte. Como les dijimos que no, entonces nos ponían un cigarro prendido en el estómago, para que habláramos.

mano derecha y uno de la izquierda. Yo le daba mi pan cuando no me veían los secuestradores, porque todos los días llegaban con un pan para cada migrante y agua; siempre nos aventaban el pan y nos gritaban e insultaban.

Daniel Palomo Coto, hondureño, 20 años, unión libre, 1 hija

20

2

A mí me secuestraron el veinte de enero, en el trayecto que va de San Luis Potosí a Saltillo. Todo sucedió en la salida de la estación del tren. Estábamos ahí porque los garroteros nos habían correteado para que no durmiéramos cerca de donde ellos estaban. Cuando estábamos a punto de quedarnos dormidos, llegaron por nosotros unos hombres que venían en una combi. Agarraron a siete de nosotros, entre ellos también iba mi hijo de doce años.

(...) Nos tuvieron encerrados como unos tres días. Sólo nos daban poca comida y poco agua. Estábamos en un cuarto muy oscuro, que no nos permitía ver bien. De lo que sí me di cuenta es de que uno de los secuestradores era de piel blanca y gordo; usaba calzoneta y traía un machete. Nos empezaron a preguntar que si teníamos familiares en el norte. Como les dijimos que no, entonces nos ponían un cigarro prendido en el estómago, para que habláramos. A mí sólo me lo hicieron una vez, pero fue muy doloroso. Nos dijeron que si les dábamos el dinero, entonces nos podían pasar a Estados Unidos, pero como nosotros no tenemos quién nos apoye, les dijimos que íbamos a irnos solos.

Después de que transcurrieron esos dos días, que para nosotros parecieron eternos, se dieron cuenta de que no iban a sacar nada. Nos subieron a la misma camioneta, nos llevaron a poca distancia de la estación y nos soltaron.

Blas Rivas, 52 años, hondureño, soltero, 7 hijos

3

No recuerdo nada del lugar donde estuvimos, porque nos llevaron con los ojos vendados, pero recuerdo que nos pedían 150 dólares para que nos pudieran liberar. Querían



los números de teléfono de nuestra familia y también querían que cruzáramos cargando unos paquetes en la frontera. Yo les dije que no tenía dinero ni ayuda de ningún familiar. Donde nos encerraron estaban otras quince personas más; eran seis mujeres, siete hombres y dos pequeños. En esos cuatro días que estuve secuestrado, escuché a la gente llorar mucho porque nos golpeaban, nos amenazaban, nos insultaban y nos ponían el cigarro en las partes de nuestro cuerpo para que habláramos y diéramos los teléfonos. Yo veía que sacaban a algunas personas y que ya no regresaban; no sé qué es lo que habrá pasado con ellas.

Freddy Velázquez, 16 años, salvadoreño, soltero

4

A mí me agarraron en Tenosique. Ahí unos hombres nos dijeron que teníamos que darles dinero para que pararan el tren. Además, nos contaron que eran guías y que nos podían llevar hasta Coatzacoalcos sin compromiso. Nosotros nos montamos al tren con ellos y con otros 140 migrantes más. Todo iba normal, pero antes de llegar a Coatzacoalcos nos bajaron a todos y nos subieron a unas camionetas y a un camión blanco a la fuerza. Las camionetas eran muy grandes; una era gris y otra blanca. El camión tenía una lona que nos tapaba para que no nos vieran y todos íbamos amontonados como cerillos.

Nos llevaron hasta una casa que queda cerca del supuesto albergue para migrantes que está sobre la línea. Esa casa era tan pequeña que sólo parados cabíamos, porque ahí había todavía más secuestrados. Ahí nos pidieron nuestros teléfonos mientras nos amenazaban con sus pistolas diciéndonos que nos iban a matar. No nos daban más que un pan al día de comer y los que andaban dinero podían mandar a comprar algo a la tienda. Como ya dije, adentro no cabía nadie, así que para dormir nos sacaban al patio y ahí, entre toda el agua encharcada, nos teníamos que dormir. De los secuestradores sólo puedo decir que todos eran hondureños, que había dos mujeres entre ellos y que todos andaban tatuados.

Johny Quintana, 18 años, hondureño, 1 hijo

5

Nos llevaron a una casa de lámina (...) Ahí pude ver a 150 personas secuestradas, también vi como golpeaban, amenazaban e insultaban a mis compañeros.

22

El 28 de febrero me encontraba en las vías del tren de Coatzacoalcos Veracruz, junto con otros dos compañeros, cuando llegaron tres personas que empezaron a platicar con nosotros. Ellos no tenían armas y se veían tranquilos, nos dijeron que nos llevarían a la frontera gratis. Después de platicar con nosotros se fueron con otras personas que habían convencido y nosotros los seguimos, pues nos creímos y pensamos que no teníamos nada que perder.

Ellos nos repartieron en una camioneta tapada con una lona azul, en un carro blanco y en una pick-up con caja de madera. Estuvimos en el carro por dos horas, y todo el tiempo nos pedían números de teléfonos y nos decían que nos llevarían a Estados Unidos si cooperábamos con ellos.

Nos llevaron a una casa de lámina (...) Ahí pude ver a 150 personas secuestradas, también vi como golpeaban, amenazaban e insultaban a mis compañeros. Estaba todo oscuro, nos hablaban de uno por uno y nos pedían el número de teléfono y nos amenazaban con que nos iban a matar sino dábamos el dinero. Como éramos muchos, no cabíamos, así que teníamos que mantenernos parados y de esta forma teníamos que dormir. Además, en los tres días que estuve ahí nunca nos dieron de comer.

Me pude escapar junto con otros cuatro compañeros cuando los secuestradores por error dejaron la puerta abierta.

Humberto Morales, 17 años, hondureño, sin hijos

6

El día 4 de marzo del 2009 sufrí de un secuestro en Apizaco, Tlaxcala. Cuatro de los Zetas, entre ellos una mujer, nos secuestraron cuando íbamos dentro de un vagón del tren. Ellos iban con nosotros y primero nos asaltaron, nos quitaron nuestro dinero y lo que traíamos; después, nos obligaron a bajar del tren para subirnos en su camioneta. Ahí habíamos como 25 personas. La camioneta era oscura y cerrada y nos anduvieron en ella durante todo un día. En el camino nos iban pidiendo dinero y cuando contestábamos que no teníamos nos golpeaban y amenazaban constantemente.



Cuando llegamos a la casa donde nos tuvieron, estaban otras tres personas esperándonos ahí; por su acento, yo puedo decir que eran mexicanos. La casa era chica, no tenía muebles; solamente eran puros cuartos y nos metieron en uno de ellos, mientras nos iban golpeando. En esa casa había otras personas que tenían más tiempo ahí porque sus familiares no les habían mandado el dinero a la cuenta que ellos daban para el depósito. Los seguían golpeando porque no daban los 600 pesos que ellos pedían.

Pasé un día secuestrado solamente porque les dije que yo no tenía familiares ni dinero, pues ese era el motivo por el cual me venía a emigrar a los Estados Unidos. Me llevaron a mí y a otras cuatro personas en la camioneta hasta un lugar que estaba sólo y lejos de la casa de donde estábamos. A ellos los liberaron porque pagaron. Yo corrí con suerte porque mi familia no dio absolutamente nada, pero todos los demás con los que yo iba en el tren, siguen encerrados, y no sabemos por cuánto tiempo más van a estar así.

Olvin López, 15 años, hondureño, soltero, sin hijos

7

Me encontraba en San Luis Potosí cuando unos compañeros y yo contactamos un coyote conocido de la familia, de confianza. Él nos dijo que nos iba a mandar un guía para seguir nuestro camino. Esperamos al guía y cuando íbamos con él, una persona extraña empezó a hacernos preguntas, como de donde éramos, a dónde íbamos; solo le respondimos que íbamos rumbo a Monterrey.

El guía nos llevó hasta la central de autobuses, donde nos dijo qué era lo que íbamos a hacer y qué camión nos llevaría hasta Monterrey. Salimos como a las diez treinta de la noche de San Luis y más o menos pasando una hora llegamos a un retén de migración. Estaban policías federales



Yo logré escuchar cómo Migración nos vendió a cada uno con esas personas por cien dólares (...).

24

parando carros y autobuses. Pararon el camión en el que íbamos, poco después se subieron a revisar y nos empezaron a hacer preguntas; al descubrir que no éramos mexicanos, nos bajaron del autobús y nos dirigieron a una camioneta de Migración, pero al preguntarles que a dónde nos iban a llevar, no nos respondieron.

Poco después llegaron dos camionetas Suburban al lugar, de donde se bajaron dos personas y hablaron, con los de Migración. Yo logré escuchar cómo Migración nos vendió a cada uno con esas personas por cien dólares; entonces, nos bajaron de las camionetas y nos subieron a las camionetas de esos hombres. Nos llevaron a una casa, logré ver que era como en una residencial; después de meternos a la casa nos empezaron a hacer preguntas como: ¿quién era el guía o coyote? y que quería nombres de quién nos dirigía.

No quisimos hablar y nos empezaron a golpear y les tuvimos que dar los datos del coyote; entonces ellos nos dijeron que eran los Zetas y que la persona que nos estaba llevando hasta Monterrey no les estaba pagando cuota, porque ellos les cobraban cuota a todos los coyotes.

Cuando los Zetas contactaron al coyote que nos dirigía, el coyote dijo que nosotros veníamos solos, que no íbamos con él. Fue entonces que nos golpearon, nos quitaron nuestras pertenencias y empezaron a sacar números de teléfonos de nuestras familias, pidiendo nombres completos de quienes podían responder por nosotros. Nos amarraron y nos llevaron a la segunda planta de la casa. Ahí nos dimos cuenta de que había más gente secuestrada. Empezaron a llamar a nuestras familias pidiendo dinero para dejarnos ir.

Finalmente nos soltaron, después de que mi familia pago dos mil dólares. Nos preguntaron que hacía donde queríamos ir, que ellos nos llevarían, nos volvieron a llevar a la Casa del Migrante en San Luis.

Gustavo Sánchez, hondureño, 16 años, soltero, sin hijos

8

Mi nombre es Nancy, soy salvadoreña y estuve secuestrada del 13 de abril al 22 de junio. A mí me agarraron en Coatzacoalcos,



Veracruz, cuando estaba en el supuesto albergue de una mujer a la que apodan “La Madre”, que se hace pasar por religiosa para que nosotros caigamos. Hasta ahí llegaron unas grandes trocas que eran como las que trasladan mudanza y nos agarraron a mí y a otros 83 compañeros más. Nos dijeron que nos cobrarían dos mil quinientos dólares, a pagar en Houston, Texas.

Nos llevaron hasta Reynosa, y ahí en el camino íbamos pasando retenes del Instituto Nacional de Migración y de la Policía Federal, que nos veían cómo íbamos y aún así no hacían nada, sino que sólo recogían un dinero que les daban para que guardaran silencio. Los secuestradores nos decían que nos fijáramos bien que ellos tenían pagado todo. Uno de los hombres empezó a molestarnos para abusar de nosotras las mujeres que ahí íbamos. Entonces, uno de nuestros compañeros se enojó e intentó defendernos, pero no pudo, porque a él también lo violaron y después lo mataron a golpes. Él cayó al suelo muerto, sobre mis pies, mientras nos decía a mí y a mis otras dos compañeras que por favor habláramos y dijéramos qué era lo que estaba pasando.

Rodeamos como quince minutos la carretera que va a Reynosa y antes de llegar a la casa de seguridad nos bajaron en un lugar donde rentan camiones de carga, porque decían que los Zetas nos iban a contar. Después, nos subieron a una pick up blanca y todos íbamos apilados en la paila. Llegamos a una casa muy grande que está enfrente de una cancha de futbol. En esa casa nos mantuvieron hasta que sucedió lo siguiente: había una mujer hondureña de nombre Sara, que estaba embarazada y que ya llevaba mucho tiempo secuestrada. Ella sólo me dijo que se llamaba así, y que tal vez iba a llegar un momento en el que se le olvidaría su nombre, por lo que me pidió que se lo recordara cuando esto sucediera. Y fue cierto, después de algunos días ella ya no recordaba su nombre y sólo llorando pasaba. Entonces, empezó a nacer el bebé, y nadie la ayudó, sino que al contrario, la golpearon para que dejara de quejarse. El bebé nació, pero la placenta nunca salió, así que al cabo de dos horas de que nadie la ayudara, ella murió ahí, desangrada. Al bebé se lo llevaron y no sé qué habrá pasado con él. Los secuestrados no hicieron nada con el cuerpo de Sara, sino que ahí lo dejaron, y nosotros teníamos que convivir con el cadáver, hasta que empezó a oler tan mal que los vecinos se dieron cuenta y avisaron al Ejército que algo raro estaba pasando en esa casa.

Después de todo lo que había visto, yo pensé que me iban a matar, así que solamente me encomendé a Dios.

26

Supé que los de la Migración le avisaron a los secuestradores y entonces, nos movieron para otro lado y dejaron el cuerpo de Sara ahí.

Después, sucedió que dos de mis compañeras quedaron libres porque pagaron el rescate, así que se fueron a entregar a la Migración en Reynosa. Ahí les dijeron a los agentes lo que había pasado y entonces, ellos mismos las vendieron otra vez a los Zetas. Ellas llegaron a la casa y ahí las mataron y las pusieron a las dos como ofrenda a la Santa Muerte. Hicieron que todos pasáramos a hincarnos frente al altar con las dos mujeres muertas para pedirle perdón a la Santa Muerte.

Durante todo este tiempo, llegaban muchas veces tres hombres mexicanos, que eran los jefes, y buscaban a las mujeres que ahí estábamos para abusar de nosotras. A mí me violaron los tres muchas veces. También me propusieron trabajo. Me dijeron que fuera a El Salvador y trajera gente para ellos, que no me iba a pasar nada porque todo estaba arreglado. Primero les dije que sí, con la intención de que me soltaran y me fuera a denunciar, pero después me dio mucho miedo y les dije que no. Entonces, tuve que esperar a que mi tía terminara de juntar el dinero para que me liberaran. Quince días después de que ella depositó la cantidad que le pedían, a mí me dejaron libre. Por cierto, el día de las elecciones, el 5 de julio, a muchos los sacaron a votar, les dieron una credencial de elector y les dijeron que votaran por un partido, que no me acuerdo cuál era, pero que ganó las elecciones, porque todos se pusieron felices y hasta les hicieron una rebaja en el rescate a los que habían votado.

Nancy, 24 años, salvadoreña, soltera, 1 hija

9

Salí de aquí, de la Casa del Migrante, junto con mis otros compañeros, con la idea de pasarnos solos para Estados Unidos. Primero fuimos para Nuevo Laredo, pero vimos que la cosa estaba muy complicada, así que decidimos ir para Reynosa. Ahí todo está peor, porque vi como entre los montes están los Zetas golpeando a los migrantes para que suelten el dinero. Entonces, nos fuimos para Anáhuac. En el entronque de la carretera, nos paró una patrulla de la Policía Estatal. Uno de los policías me dijo que si llevábamos dinero se lo diéramos y entonces,



él nos iba a ayudar a que los Zetas, que por ahí andaban, no nos registraran. Como no llevábamos suficiente dinero, nos dejaron. No pudimos evitar que los Zetas nos agarraran cerca de donde hay un cementerio y dos pozos que ellos mismos han hecho. Nos subieron a una troca y nos pidieron mil dólares. Dijeron que para ir a Estados Unidos teníamos que pagar la cuota. El jefe me preguntó que de dónde era, y me dijo que quería verme al otro día en la mañana.

Nos llevaron a un rancho, muy grande, donde tienen trabajando a mujeres en la comida y en la limpieza. Ahí cayeron primero siete y luego cinco migrantes más. Todos lloraban porque los golpeaban. Al otro día, el patrón me mandó llamar. Yo pensé que me iba a matar, pero no. Él me empezó a hacer muchas preguntas; me dijo que si no le tenía miedo al cepillo –porque una de sus formas de tortura para que uno hable es meterle un cepillo dental en el recto–; yo le dije que no. También me preguntó que si no me daban miedo los tubos o las tablas con las que nos golpean, o que si no tenía miedo de que me matara. Yo le dije que no, que para morir había nacido. Me llevó a pasear en su troca y me quiso convencer de que trabajara con él. Me ofreció dinero en dólares, camionetas, drogas y mujeres, pero yo no acepté. Entonces, le dije que me iría con mis compañeros otra vez de regreso para Saltillo. Él me dijo que tenía quince días para pensarlo y regresar.

Mientras me tenía paseando, me pude dar cuenta de que ahí en el entronque de Colombia, sobre la calle que va para Piedras Negras, hay unos policías que les checan a los Zetas que no venga el Ejército, que se pasea constantemente por ahí. Cuando pasan los militares, ellos se esconden y fingen que todo está tranquilo. Esa misma policía captura a los migrantes y los entrega a los Zetas. Como el patrón quería que yo me quedara con ellos, entonces me enseñó cómo es que torturan a la gente. Me llevó a ver a un hombre gordito, que lo hicieron correr desnudo sobre un montón de tunas, mientras él gritaba que los perdonara. También vi cómo es que a otros les meten un cepillo en el recto, para que suelten el teléfono de sus familias.

Hubo un momento en que vi como el que ahí mandaba se reunió con el jefe de la plaza de Nuevo Laredo, con el jefe de Piedras Negras y con un policía. Todos se dieron la mano y platicaron. Hablaron de cómo y por dónde era más fácil cruzarse a Estados

A todos nos insultaban y nos amenazaban con que nos iban a matar si es que no les dábamos los números de teléfono de las familias nuestras.

Unidos. A mí me querían con ellos porque me dijeron que les hacían faltas tres personas para poder cubrir todo el sector, y que necesitaban gallos como yo, y no putos como mis compañeros, que lloraban y se lamentaban.

También pude ver que en una caja de cartón guardan todo el dinero que tienen, y de ahí agarran para combustible, comida, cigarros y droga. Vi que están organizados en dos turnos, de día y de noche, que se cambian cada semana. El río nunca lo dejan sólo, sino que siempre hay alguien que está cuidando. Por lo que hablaban, entendí que en Nuevo Laredo también tablean a los hombres, mientras que a las mujeres las venden para prostituirse. Cada mujer cuesta cinco mil pesos, dependiendo de si están bonitas o más o menos.

Álvaro Méndez, 34 años, salvadoreño, casado, 3 hijos

10



(...) Ya puestos dentro de la camioneta nos seguían amenazando, nos pedían los teléfonos de nuestra familia, jugaban con las pistolas, apuntándonos en la cabeza y cortando cartucho. Todos estábamos muy nerviosos, las mujeres lloraban mucho y les gritaban para que se callaran.

En el tiempo que estuve encerrado nos desnudaron en varias

ocasiones, aproximadamente ocho veces. Por la noche llegaba uno de los jefes y les daba la orden a los otros de que nos desnudaran, y así lo hacían mientras nos gritaban y amenazaban. Para nosotros los hombres no era tan penoso como para las mujeres, que también las hacían que se quitaran toda la ropa. Ellas lloraban mucho y les suplicaban que no, pero eran órdenes



que se cumplían. Las primeras ocasiones nos volteábamos a la pared para no verlas; después era normal vernos desnudos. Yo sentí mucha lástima por ellas, porque realmente las trataron mal y a todas las abusaron. Yo me hice amigo de una muchacha hondureña, muy bonita, como de dieciséis años. A ella la usaban todos los días; una vez le pasaron todos los secuestradores, eran unos catorce hombres, terminaba uno y la mandaba que se bañara y seguía el otro. La muchacha hablaba poco y a mí me daba coraje lo que le hacían, ni un animal se merece tremendo abuso.

(...) Yo había regresado de Estados Unidos, traía una cadena y un reloj de oro, que le gustaron al jefe. Él me dijo que se los diera y con eso ya podría salir. Yo le dije que también me llevaría a la muchacha hondureña conmigo, porque ella no tenía ayuda, y él aceptó. A los otros secuestradores no les gustó esa idea, así que antes de dejarme salir me golpearon mucho, me dieron cada uno un tablazo, en total catorce tablazos. También a la muchacha la golpearon y nos dijeron que nos lo merecíamos por no pagar. Después de todo lo que había visto, yo pensé que me iban a matar, así que solamente me encomendé a Dios.

Marcos López, hondureño, 22 años, casado, 1 hijo

11

Estuve ahí encerrado dos meses. Los secuestradores nos golpeaban mucho (...) Yo vi muchas cosas horribles; incluso, que les disparaban a los mismos migrantes que no daban sus números de teléfono. Ahí en la casa estaban unas muchachas migrantes que trabajaban con los secuestradores, haciendo comida y llamando a las familias de los que nos manteníamos secuestrados. Había una mujer que era del mismo lugar que yo, y que me dijo que ella estaba ahí porque la habían secuestrado y ya no había podido salir de ahí.

José Ramírez, 22 años, hondureño, soltero, 1 hija

12

En las Choapas, Veracruz, que es un municipio cercano a Coatzacoalcos, me secuestraron el 15 de diciembre del 2008. El tren venía bien cargado de migrantes. Habíamos como unos 200. De repente, el tren se paró -porque los maquinistas también

Trajeron la tabla y me dijo que me iba a pegar cuatro tablazos, y que si sobrevivía, entonces me iban a tirar al río (...).

30

están de acuerdo- y se subieron como veinte hondureños, que nos dijeron que nos bajáramos porque más adelante iba a haber un retén de la Migración. Nos dijeron que ellos nos iban a ayudar a rodear y después, iban a dejar libres a los que no tuvieran dinero para continuar el camino. O sea, nos engañaron con que ellos eran guías. Nos subieron a unas grandes camionetas, que son como las que transportan ganado. A los que sí se resistieron a subirse, les pegaron. Los secuestradores traían machetes y palos; además, los choferes de las camionetas andaban pistolas (...). Sí, nos hablaron mal, o sea nos decían con insultos que nos apuráramos, que nos subiéramos a la camioneta rápido.

Primero nos llevaron a Coatzacoalcos, por la carretera. Nos paró una vez la Migración, pero no hizo nada. Más adelante, había un retén de la Policía Federal. Uno de los federales abrió la camioneta y nos vio a todos ahí apilados, pero no hizo nada. Más bien le dijo al chofer que estaba bien, que siguiera. Ahí en Coatzacoalcos nos llevaron a una casa como a las once de la noche. Como a las diez de la mañana del otro día nos sacaron. En el camino sólo paramos una vez, a dormir en un hotel de paso. No recuerdo cómo se llamaba el nombre del lugar. De ahí nos llevaron a Reynosa. Antes de llegar, había un retén militar, entonces, nos tiraron a caminar por el monte, como hora y media. Después, nos volvieron a levantar en las mismas camionetas, que sí pasaron, pero vacías, frente a los militares. Así nos llevaron hasta una casa en Reynosa. Ahí todavía íbamos engañados, pensando que eran guías y que nos iban a llevar donde un pollero para que se pusiera de acuerdo con nuestra familia y nos pasaran para Estados Unidos.

La casa donde nos tenían en Reynosa tiene una puerta lujosa con vidrios polarizados por el frente, pero a nosotros nos metieron por atrás, por donde hay una puerta color negra. La casa es de dos plantas, tiene varios cuartos y está toda equipada. Ahí había unas 250 personas, más o menos. Los secuestradores eran otros distintos a los que nos habían trasladado hasta ahí. Había dos encargados de cuidarnos en cada cuarto. A las mujeres secuestradas, o sea también migrantes, las ocupaban para que cocinaran. Ahí en esa casa yo vi que a otros compañeros los golpearon. A todos nos insultaban y nos amenazaban con que nos iban a matar si es que no les dábamos los números de teléfono de las familias nuestras. Quienes menos daban números eran a quienes más maltrataban. Yo les



di el número de mi hermana en Guatemala. Ellos le hablaron y le dijeron que si no me ayudaba, se atuviera a las consecuencias. En esa casa me enteré de que los hondureños trabajan con los secuestradores para que después de tres o seis meses, los pasen al otro lado sin cobrarles.

Como vieron que no me podían sacar nada, entonces me dijeron que corría con mucha suerte y que me fuera. Dos mexicanos me llevaron en una camioneta gris, tipo familiar, hasta dos cuadras de la Casa del Migrante de allá. Claro que me amenazaron con que no fuera a soltar la lengua. Esto fue ocho días después, como a las diez de la mañana.

Abraham Méndez, 37 años, guatemalteco, soltero, una hija

13

Yo venía cruzando Guatemala con un muchacho que se hizo mi amigo, entonces los dos nos veníamos acompañando. Cuando llegamos a Tenosique nos encontramos con un grupito de siete muchachos más, con el que nos acomodó quedarnos. Yo les decía que todos teníamos que estar juntos y organizados para poder defendernos, y entonces, mandé a algunos por agua y a otros por comida. En eso, se me acercó un muchacho gordo, que le llamaban Henry, y me dijo que si yo era el guía del grupo. Yo le dije que no, que sólo era un poco como el líder, pero que no les cobraba ni nada por el estilo. Entonces, también llegó un pelón, que andaba un celular, y entre los dos trataban de convencerme de que les dijera que sí era guía. Yo les decía que no, que sí conocía el camino –cosa que no era cierta– pero que no era nada de eso. Cuando regresaron mis compañeros, nos dijeron que nos metiéramos a su vagón, para ir más acompañados. Nosotros los seguimos y en eso, el pelón habló por celular. Nos dijo que su patrón le había dicho que la Migra estaba más adelante, así que nos tenían que apuntar en una libreta para que cuando pasáramos por el retén, no nos hicieran nada. Nos dijo que él era guía, y que nos iba a llevar a Coatzacoalcos, pero que si no teníamos dinero para seguir más adelante, que no nos preocupáramos, que nos soltaba y ya. El tren comenzó a andar y un kilómetro antes del puente que está ya para llegar a Coatzacoalcos, cerca de una calle polvosa, otros que estaban abajo le hicieron la parada al tren. El maquinista les dio machetes a los guías, y en eso llegaron hasta nosotros

Siempre nos torturaban: nos bañaban con agua helada mientras nosotros estábamos tirados y amarrados.

32

una camineta Ford, modelo 450, color blanco, con una capota color verde; una camioneta Chevrolet negra, una camioneta Ford blanca y una Dodge verde, todas de año reciente. La gente comenzó a gritar y a llorar, mientras ellos nos jaloneaban. A mí me agarraron y me subieron a la camioneta más grande. A todos nos amenazaban con sus AK-47 y sus fusiles.

Ya subidos en esa gran camioneta Ford 450, todos íbamos muy tristes y afligidos. Anduvimos por un terreno rústico para rodear un retén del Instituto Nacional de Migración. Luego salimos por una carretera y pasamos por otra garita de Migración. Nos pararon, pero el agente platicó con los choferes de la camioneta y nos dejaron ir. Más adelante había un retén con dos carros patrulla, dos motorizados y una camioneta, todos de la Policía Federal. Los guías abrieron la compuerta de la camioneta donde íbamos todos, y el policía federal nos vio ahí, amontonados y llorando, y dijo “pues está bien”, entonces siguió platicando con los guías y nos dejaron ir. En ese trayecto, a algunos les pegaron con la cachera de una pistola; a todos nos iban amenazando e insultando. Los secuestradores que iban con nosotros ahí atrás eran como nueve. Todos parecían ser mexicanos. Uno de ellos iba tocando a las mujeres que venían con nosotros, y les decía a los demás que se las apartaran para él. Otra cosa importante es que, cuando veníamos en esta camioneta, escuchamos cómo es que mientras hablaban por celular, dijeron que el Ejército había atacado a algunos de sus compañeros en Tenosique.

Después de cómo una hora de trayecto, llegamos a una casa residencial, que tiene enfrente unos condominios y a los lados palmas de coco. Las rejas de la casa son blancas y el color de la casa es toda salmón. En el interior hay piso de cerámica y grandes clósets; es de tres niveles y tiene una terraza. Ahí había como unos veinte secuestradores; la mayoría eran mexicanos, pero también había varios hondureños y un salvadoreño. Nos metieron a todos a un cuarto y nos comenzaron a registrar para que les diéramos los teléfonos que traíamos. A uno le dijeron “tráeme al chino”, o sea a mí, que así me dicen por mis ojos rasgados. Salió el mexicano tatuado y me metieron a un cuarto como de cuatro metros cuadrados. Me preguntaron que si quería trabajar con ellos. Yo les dije que no, que yo no trabajaba con nadie y que iba de camino. Me pegaron y me caí al suelo. Patearon mi cuerpo e hicieron que me desmayara, pero no me pegaron en la cara. Uno de ellos, que estaba bien



drogado con cocaína, me agarraba muy fuerte los testículos y me los apretaba, mientras me preguntaba para quién trabajaba. Yo llorando le decía que para nadie. Entonces, el que me golpeaba mandó traer la regla, pero le dijeron que mejor la bolsa. Llevaron una bolsa de plástico con un cinto y me la amarraron a la cabeza. En el momento de respirar, la bolsa se me iba pegando cada vez más a la cara, hasta que ya no podía respirar y me estaba asfixiando. Me volvieron a preguntar que con quién trabajaba, pero yo otra vez les dije que con nadie -yo ni siquiera podía mentir diciéndoles que trabajaba para alguien más, porque no sé quiénes son sus adversarios-. Trajeron la tabla y me dijo que me iba a pegar cuatro tablazos, y que si sobrevivía, entonces me iban a tirar al río, al fin que los lagartos andaban hambrientos. Por fin, uno dijo que ya le pararan, y que me mandaran a bañar. En eso, metieron a otro señor en el cuarto, que también confundieron con guía, pero que se veía bien humilde (yo ya había platicado con él, y me dijo que era la primera vez que viajaba). Yo me imagino que mataron al señor, porque mientras me bañaba bien rápido, escuché que el señor se quejaba de que le estaban pegando, pero después ya no escuché nada, y cuando pasé por ahí, vi sangre y un machete. Salí al cuarto donde estaban los demás, y al verme, todos comenzaron a llorar. Así, de uno por uno, fueron pasando. Éramos 119, y a todas las mujeres las violaron; los amigos de los secuestradores que llegaban, las tocaban y las usaban. Nadie podía decirles nada.

Dos días después, ellos dijeron que tenían a veinte balines, o sea veinte que no servíamos para nada, y que nos fueran a tirar a la línea. En la misma gran camioneta en la que nos agarraron, nos llevaron cerca de la estación de Coatzacoalcos, como a unos veinte minutos máximo en carro, pero antes, estuvimos esperando escondidos como diez minutos, porque venía el Ejército -los secuestradores los llaman "perros"- y no querían que nos vieran. Yo no podía caminar, por los golpes en las rodillas y en los tobillos, y porque el mexicano se paraba en mis costillas y en mi estómago con sus grandes botas. A eso de las cinco de la tarde nos liberaron. Yo iba muy asustado y me quería ir de ahí. Además, me amenazaron y me dijeron que si yo hablaba me iba a ir muy mal; que no confiara en nadie, porque tal vez los compañeros con los que me encontraría más adelante trabajaban con ellos. A las ocho de la noche de ese día tomé el tren para Tierra Blanca. Ahí, en la Casa del Migrante,

Nos dijeron que nos iban a entrenar en la sierra y que después nos iban a mandar a pelear a la guerra, en donde iba a ser muy difícil que regresáramos con vida.

me entrevistó un muchacho de la Comisión de Derechos Humanos, que me dijo que ya tiene registrados muchos casos parecidos al que le conté, pero que la policía no hace nada.

Daniel González, 35 años, salvadoreño, casado, dos hijos

14

Más o menos por el 15 de enero de 2010 estábamos quince personas ya con el coyote, esperando a cruzar el Río Bravo. Era como la una de la mañana cuando veinte hombres se nos acercaron y nos preguntaron que quién iba a pagar la multa por cruzarse. Nosotros no supimos qué contestarle, así que le dijimos que veníamos con un pollero. En ese momento, el pollero se escapó y se cruzó el río nadando. Nos dejó ahí solos en manos de los Zetas. Entonces, ellos nos amenazaron con sus armas y nos comenzaron a pegar con unos palos que llevaban. Yo aún tengo los moretones y las cicatrices en las piernas.

Nos subieron en una camioneta blanca muy grande. Le cabían como 40 personas. En esa camioneta íbamos amarrados de pies y de manos; algunos estábamos sujetados con esposas y otros con lazos. Además, a todos nos vendaron los ojos para que no viéramos a dónde íbamos. Después de unos 45 minutos de viaje, llegamos a un pueblo que le llaman Anáhuac y todavía caminamos como quince kilómetros, hasta llegar a un rancho. Ahí sólo había un baño y un cuarto donde los secuestradores descansaban. También vi que había otros 45 secuestrados más. En el rancho me pidieron mi número de teléfono. Como no se los quería dar, entonces me insultaron y me pegaron. A los cinco días, me decidí a darles el número de mi hermano. Siempre nos torturaban: nos bañaban con agua helada mientras nosotros estábamos tirados y amarrados. Yo sólo pasaba llorando. Nos tiraban tortillas con frijoles en el suelo y así las teníamos que comer. Me di cuenta de que muchos están con sus piernas y sus brazos rotos de tantos golpes, porque ningún familiar responde por ellos.

Estuve ahí 25 días, hasta que mi hermano pudo juntar el dinero para pagar el rescate. Junto con otros cuatro, me sacaron vendado hasta la carretera de Anáhuac, que creo que va para Monterrey. El señor que cobró el dinero tiene como 55



años, más o menos, y es como el jefe de todos ellos. Él tiene pelo chino, es chaparro y anda vestido de vaquero.

Joel García, 28 años, hondureño, soltero, sin hijos

15

Hace tiempo que de nuestro lugar salió un muchacho, de nombre Noel, que supimos que se había quedado aquí en México a trabajar. De repente volvió y nos dijo que lo acompañáramos, que tenía trabajo para nosotros y que íbamos a ganar 900 dólares quincenales, cuidando unas bodegas y unas casas residenciales, es decir, como vigilantes. Debido a la difícil situación económica de nuestro país, nos decidimos a hacer el viaje junto con otras veinte personas, o sea que en total éramos 22, todos de allá de San Isidro.

Viajamos con todos los gastos pagados. En El Naranjo, que es la frontera de Guatemala con México, nos quedamos en un hotel que se llama San José, donde los coyotes tienen a los migrantes que van a cruzar. De la entrada a México hasta Poza Rica, Veracruz, el nicaragüense que nos enganizó, junto con otro nicaragüense y un hondureño, nos llevaron en una troca de redilas que tenía unas lonas con las que nos cubrían. Durante el camino, nos decían que no había problema, porque la policía ya estaba comprada, pero que con los únicos que sí nos teníamos que correr era con el Ejército. Llegando a Poza Rica, nos llevaron a un hotel y ahí nos dividieron de cinco en cinco y a todos los fueron trasladando hacia lugares distintos, por lo que perdimos contacto con los demás. A nosotros nos juntaron con otros tres compañeros y nos montaron a un autobús que paró en Querétaro. Ahí ya nos estaba esperando otro hombre, que se subió con nosotros al siguiente autobús, rumbo a Monterrey. Una vez que llegamos a Monterrey, este mismo hombre nos acompañó en otro camión que tomamos rumbo a Saltillo.



Nos dijeron que nos subiéramos, que ellos nos iban a llevar a Veracruz, que no nos preocupáramos de la Migra, porque ellos la conocían bien.

36

Cuando llegamos a la central de autobuses de Saltillo eran como las seis de la tarde. Ahí nos recogió un hombre gordo, güero, chaparro, que traía una troca y nos llevó hasta una bodega. Ahí adentro, nos recibieron diciéndonos: “bienvenidos al grupo Zeta”. Nos dijeron que nos iban a entrenar en la sierra y que después nos iban a mandar a pelear a la guerra, en donde iba a ser muy difícil que regresáramos con vida. Los hombres que llegaban ahí andaban con ametralladoras y se drogaban con cocaína. Uno de ellos nos dijo que cómo era posible que fuéramos a cobrar 900 dólares por ir a matar gente, que él mínimo cobraba mil dólares por persona; entonces, fue cuando nos dimos cuenta de para qué nos querían ahí. De todas formas, luego nos dijeron que, efectivamente, estábamos ahí para que nos entrenaran para asesinar, lo cual nos asustó mucho, porque nosotros no veníamos para eso y nunca hemos matado a nadie. Una vez llegó otro hombre, también del grupo de los Zetas, y como no nos reconoció, nos gritó que qué hacíamos ahí y nos empujó, agarrándonos de la playera, pero entonces salió el hombre que ahí nos tenía y le explicó que también éramos de los suyos. La verdad es que ahí adentro no nos trataban mal, nos daban de comer y estábamos tranquilos, pero nosotros de ninguna forma queríamos permanecer ahí, la comida no nos sabía a nada y más bien, queríamos salir corriendo en todo momento.

A pesar de que no estábamos presos, sí sentíamos miedo de salirnos, porque no conocemos la ciudad ni tampoco teníamos nada de dinero. Además, nos dijeron que si nos íbamos, cualquier policía nos podía ver y, como todos están coludidos con ellos, que nos iban a agarrar y nos iban a devolver a los Zetas. A los cinco días de estar ahí, logramos escapar porque le contamos nuestra situación a un hombre que también trabaja para ellos, pero que nos dijo que no estaba de acuerdo en lo que nos habían hecho, así que nos dio cien pesos y nos mandó en un taxi para la Casa del Migrante. Tardamos en llegar como unos 30 minutos, más o menos. Los otros tres compañeros nicaragüenses no quisieron venirse con nosotros porque sintieron miedo de que si se escapaban, los iban a matar.

Por ahora, ya nos logramos comunicar con nuestras familias, pero no les hemos contado lo que nos pasó porque no queremos que se preocupen. De todas maneras, nuestras esposas nos dijeron que allá en Nicaragua se sospechaba que algo malo



nos podía pasar, así que nos piden que nos regresemos. Nosotros vinimos aquí porque en realidad somos pobres, y no porque seamos asesinos. Seguramente piensan que los nicaragüenses sabemos matar, porque estuvimos en la guerra, pero si estuvimos luchando en aquél tiempo fue de manera obligada por el Ejército, no es que nosotros quisiéramos; entonces, claro que no nos queremos dedicar a eso. Tenemos miedo de estar aquí.

Arturo Vázquez, 57 años, nicaragüense, unión libre, cinco hijos
Pedro Vargas, 53 años, nicaragüense, casado, dos hijos

16

Era el día 21 de enero, como a las nueve de la noche, cuando íbamos mis cuatro compañeros y yo en el tren que viene de San Luis Potosí. Antes de llegar a una planta eléctrica, que está saliendo de la estación del tren, nos bajaron los garroteros, diciéndonos que no podíamos ir ahí colgados. Los garroteros eran cuatro; traían capucha y un uniforme azul con una cinta amarilla que usan para amarrarse. Nosotros les dijimos que por favor nos dejaran estar en el tren, y que nos bajáramos más luego, cuando hubiera una población por ahí, pero ellos no quisieron. Nos bajaron justo donde no había nadie. Entonces, nos acostamos en el campo, y comenzó a rondar una camioneta que yo miré como sospechosa. De repente, la camioneta se paró y unos hombres con machetes bajaron de ella. Nos comenzaron a seguir. Al salir corriendo, me pegué con un alambre y me caí, entonces uno de ellos me amenazó con el machete. Así nos agarraron a todos y a golpes nos subieron a la camioneta.

Hicimos como quince o veinte minutos del lugar donde estábamos a la casa donde nos llevaron. Es una casa color blanca, como de interés social. Hay ovejas, patitos, gallinas. Adentro tenía una sala y tres cuartos. En esa casa comenzaron a decirnos que ojalá tuviéramos a alguien que respondiera por nosotros en Estados Unidos. (...) Dijeron que tienen contactos con los garroteros, la Migración y con los Zetas. En la casa había una muchacha hondureña, de nombre Carolina, que me golpeaba, me caminaba encima y me decía “hija de tu perra madre”, porque yo no tenía quién respondiera por mí. Ella era la encargada de eso, de golpear a las mujeres. Me decía “hija de tu perra madre” y que yo era una basura. Uno de mis compañeros sí dio su número, y entonces, llamaron a su familia y le dijeron

Son una mafia bien organizada que tiene contacto con los maquinistas y con policías. No es justo lo que está pasando.

38

que querían cinco mil dólares para pasarlo del otro lado, pero eso no fue así, sólo tuvieron el dinero y lo dejaron botado.

Hubo un momento en que el que era el jefe me metió a un cuarto, sólo él y yo, y me desnudó. Besó mi cuerpo. Me dijo que quería tener relaciones. Yo le dije que no y me puse a llorar. Uno que es de la misma banda me defendía, y le decía al otro que no me molestara, pero lo que hizo fue pegarme una cachetada y preguntarme con quién me quería acostar. Como yo tenía que elegir a alguien, dije que con el que me defendía, porque sabía que él no me iba a lastimar. Entonces, él y yo nos encerramos en un cuarto, pero no hicimos nada. Más bien, me aconsejó y me dijo que por nada del mundo fuera a decir que sí tenía número de teléfono. Después, el jefe siguió insistiendo, molestándome y tocándome. Me dijo que me iba a vender a un coyote, para que fuera su mujer y entonces me pasara a Estados Unidos.

Durante el tiempo que estuve ahí, me pude dar cuenta de que ellos se van para las vías y que se hacen pasar por migrantes para secuestrar a la gente. Sé esto porque cuando yo estaba llegaron otros cuatro más. Habíamos en total doce secuestrados. A todos nos dieron golpes, patadas, insultos. A los hombres les bajaron el pantalón y con una tabla bien ancha les pegaron. También se paraban y saltaban encima de ellos. A mí me despacharon a los cinco días, porque al igual que mis compañeros, resulté ser balín. La muchacha hondureña me pegó tres macanazos a manera de despedida. Un domingo a las nueve de la mañana nos soltaron y nos dijeron que corriéramos y no volviéramos a ver para atrás, porque si lo hacíamos nos mataban. Nos alejamos lo suficiente y cuando se hizo de noche, tuvimos que dormir en un montón de espinas. Después, alguien nos dio jalón y nos llevó hasta el pueblo más cerca, que no me acuerdo su nombre.

María Villegas, 17 años, hondureña, soltera, sin hijos

17

Ésta es la primera vez que intento cruzar a los Estados Unidos, porque en mi país hay poco trabajo. Yo era albañil, pero como no encontraba trabajo, pues decidí ir al norte. Todo iba muy bien, sólo sufría un poco por los peligros de la selva, el frío y el hambre. Llegué junto con un grupo de 30 migrantes a Coatzacoalcos, en Veracruz. Ahí, sin sospecharlo, ya nos esperaban los Zetas.



Antes de Coatzacoalcos hay un pueblo que le nombran el Pénjamo, ahí se montaron al tren tres Zetas, que son los jefes y que traen machetes y pistolas. También se subieron otros que parecían migrantes y que se mezclaron entre la gente para escuchar lo que platicaban; ellos buscaban a los guías o coyotes e iban escuchando quién tenía familia en Estados Unidos. Cuando llegamos a El Sapo, un lugar despoblado que está a dieciocho kilómetros antes de llegar a Coatzacoalcos, se paró el tren. Ahí había dos camionetas, una a cada lado del tren; éstas tenían lonas y unas tablas, para que no se viera que ahí íbamos. A mí me subieron en la que era color blanco.

Nos dijeron que nos subiéramos, que ellos nos iban a llevar a Veracruz, que no nos preocupáramos de la Migra, porque ellos la conocían bien. Viajamos dos horas aproximadamente. En el camino subieron a más migrantes; algunos por la fuerza. Cuando vimos esto, nos quisimos bajar, pero ellos nos amenazaron con sus pistolas y nos dijeron que no hiciéramos bulla. Me di cuenta que los secuestradores se iban drogando en el camino; de hecho, desde que se subieron al tren tenían cigarros de marihuana. La camioneta se paró en un retén de policía, los oficiales revisaron la camioneta, abrieron la lona y nos vieron ahí a los 30 migrantes y no hicieron nada. Yo creo que estaban vendidos con los Zetas.

Después de esas dos horas de camino, llegamos a Coatzacoalcos a una casa muy grande y lujosa. La casa es de dos pisos, de color amarillo, tiene cocina, unos cinco cuartos, y sala. Ahí estaban como 30 Zetas; algunos bien vestidos y otros parecían como mareros. Como yo no tengo familia en Estados Unidos me pusieron en un cuarto junto a otros veinte migrantes que tampoco tenían ayuda. En otros cuartos fueron separando a quien sí tenía familia allá arriba. Éramos muchos secuestrados, como unos 80. A mí me tuvieron un día y medio. En ese tiempo sólo me dieron dos comidas, que eran frijoles, arroz y una tortilla. Los Zetas entraban con pistolas y nos gritaban y nos insultaban; decían que habláramos los que tuviéramos familia para que nos ayudara. Uno de los compañeros migrantes dijo que tenía familia que lo ayudaría y se lo llevaron a otro cuarto. Nosotros no hablamos, les dijimos que no teníamos familia y que era la primera vez que pasábamos. Entonces, decidieron soltarnos. Sólo cinco secuestradores con armas nos custodiaron hasta la salida, de ahí nos fuimos corriendo hasta

(...) vimos como en el camino nos paraba la policía y la Migración y los secuestradores les daban dinero.

40

las vías del tren y seguimos nuestro camino. Yo pienso que nos soltaron porque ya tenían a más migrantes secuestrados, y pues ya necesitaban dejarnos ir para que desocupáramos el cuarto en el que estábamos, porque cada vez llevaban a más y más migrantes. Son una mafia bien organizada que tiene contacto con los maquinistas y con policías. No es justo lo que está pasando.

Julio César Criollo, 21 años, salvadoreño, casado, dos hijos

18

El 29 de junio, como a las once y media de la mañana, estaba en la estación de autobuses de Reynosa cuando se me acercó un chavo que dentro de su ropa traía una pistola. Empezó a caminar junto a mí y me puso la pistola en las costillas, mientras

me decía que caminara con él y que me subiera a la camioneta negra que ahí estaba. Yo le hacía un poco señas a los guardias de la central para que hicieran algo, pero fingieron que no me veían. Me subí a la camioneta y ahí había ya dos hondureños. Los secuestradores me dijeron que no me preocupara, que sólo tenía que dar el número de mi familia. Al poco rato llegaron también a la camioneta dos guate-

maltecos. Entonces, un hombre habló por radio con otro, que le dijo que ya sabía para qué casa tenía que llevarnos.

Llegamos a una casa de una colonia residencial que tiene un portón negro muy grande, que se abre con control remoto. Afuera había dos chavos que parecían policías, porque estaban cuidando el lugar. Adentro, me encontré con que había como unos 85 migrantes más secuestrados, todos centroamericanos, menos dos, que eran chinos, y todos en la misma sala, excepto los pequeños que tenían





entre cinco y doce años, porque a ellos se los quitaban a sus mamás y los tenían en un cuarto aparte. Una de las secuestradas, que era ya una señora de edad, nos dijo que habíamos llegado al infierno, que mejor nos hubiéramos corrido cuando nos agarraron. Después, nos pasaron a un cuarto de castigo que está ahí, dentro de la misma casa; nos pidieron los números de teléfono y nos golpearon. A la semana, ya todos los días era de agredirlo a uno, pero yo siempre les decía que no tenía números ni ninguna ayuda en Estados Unidos, pero no me creían. A los quince días, el mismo que me agarró me dijo que colaborara, porque si no me iban a arrancar un dedo y luego otro hasta que hablara. Yo vi que esto podía ser cierto, porque había un chamaco hondureño que no tenía dedo, y además, el cuarto de las torturas estaba lleno de sangre, y las golpizas eran tan fuertes que a todos nos sacaban arrastrando. Yo les explicaba que no tengo familia, pero entonces, sólo se dedicaban a darme de bofetadas. En todo este tiempo sólo nos daban de comer una vez al día una bolsita de arroz con frijoles, y un galoncito de agua que teníamos que compartir entre diez personas.

A los 22 días, siendo como las dos de la mañana, entraron al cuarto donde nos tenían a todos y nos obligaron a ponernos hincados, viendo hacia la pared y con las manos sobre la cabeza. Entonces, sucedió algo que ya hacían frecuentemente con las mujeres. Tomaron a una niña que tiene catorce años, la pusieron en el centro y la comenzaron a desvestir. Ella gritaba y les decía que no, porque apenas era una niña, pero a ellos eso no les importó. Comenzaron a abusar de ella, pero nosotros no nos resistimos, nos paramos y nos fuimos encima de ellos, que sólo eran tres. Logramos quitarle a uno su pistola, pero en eso, otro de ellos llamó a sus compañeros y llegaron rápido como nueve más, y a todos nos golpearon horriblemente. A uno de mis compañeros le hundieron la frente con la cachá de la pistola y a mí me dieron de patadas en las costillas hasta que vomité sangre; me amarraron a una soga y me tablearon en todas las piernas. No podía ni moverme ni sentarme; hasta ahora no puedo terminar de sanar. A partir de ese día se comenzaron a portar peor con nosotros, y todos los días nos aventaban agua y orines, además de que nos daban de patadas. Para mi cumpleaños me pegaron otra golpiza. Yo pensé que ya me había llegado el día, porque todo se me había vuelto muy oscuro, yo ya no veía salida. Lo único que hacía era pedirle a Dios que les ablandara el corazón a los secuestradores.

(...) vimos que a la gente que atraparon los secuestradores la metieron a un vagón y ahí los desnudaron y los golpearon.

42

El sábado primero de agosto, como a la una y media de la tarde, llegaron un montón de carros y camiones. Se oyeron disparos, y fue cuando dijimos que tal vez se estaban peleando con la gente de su misma banda, cuando de repente, escuchamos que rompieron el portón y nos dijeron que nadie se moviera. Eran los del Ejército, pero en ese momento, con el miedo de no saber qué pasaba, varios nos corrimos hasta el centro de Reynosa; conmigo venían otros seis más, entre ellos una mujer embarazada. Llegamos a una iglesia y ahí nos ayudaron; la chava se quedó internada por los golpes que llevaba en su estómago y a mí me dieron para mi pasaje para regresar a Monterrey.

Jesús Guevara, 29 años, salvadoreño, casado, 2 hijas

19

Veníamos en el tren un grupo de 35 migrantes, 32 hombres y tres mujeres. Pasamos por Chontalpa y ahí detuvieron el tren varios hombres encapuchados, que estaban armados con machetes y pistolas. Después nos bajaron con amenazas y nos subieron a un camión de frutas color blanco, con rejas de madera.

En el camino nos decían que íbamos a trabajar en un rancho. Viajamos dos días y medio hasta Tamaulipas, vimos como en el camino nos paraba la policía y la Migración y los secuestradores les daban dinero.

Nos llevaron a una casa color amarilla, tenía cerco de barda y un portón blanco, la casa tiene tres cuartos y una cocina. Cuando llegamos nos separaron: en un cuarto a los que iban a pagar los tres mil dólares que nos pedían para cruzarnos a los Estados Unidos, y en el otro cuarto a los que éramos balines, los que no servíamos.

Después llego otro grupo, en el que venían nueve hombres y dos mujeres; nos separaron a los hombres de las mujeres, a los hombres los tenían amarrados, desnudos y siempre los tabaleaban. Tienen dos tablas, una más grande que la otra, a la grande le llaman “chavela” y a la pequeña “chavelita”; nos amenazaban todo el tiempo con sus armas y machetes y no nos daban comida.

A las mujeres nos mantenían haciendo la limpieza de la casa, también hacíamos la comida y lavábamos su ropa. A los que



habían confirmado les preparábamos mejor comida, a los que no habían confirmado solamente recibían un tiempo al día, si bien les iba, solamente arroz, huevo o frijoles. Cuando querían nos tocaban y abusaban de nosotras, también nos amenazaban pasándonos el machete por los senos, nos decían que si no los obedecíamos nos los cortarían.

Estuvimos secuestrados un mes y medio, hasta que un día nos dijeron que nos iban a mandar a San Luís Potosí para que nos regresáramos, que no nos querían ver cerca del río. Nos advirtieron que el río es de ellos y que para cruzarlo tenemos que pagar una cuota. Cuando íbamos camino a la estación de bus, escuchamos que les avisaron por el radio que venían de Victoria cinco camiones del Ejército, entonces ellos nos regresaron a la casa, sacaron sus maletines y se fueron, nos dejaron solos y nos escapamos.

María Hernández, guatemalteca, 23 años, soltera, sin hijos.

Arturo Flores, hondureño, 22 años, unión libre, un hijo.

Walter Torres, hondureño, 34 años, casado, tres hijos.

20

(...) En una ocasión, estaban drogados y enojados porque tenían poca gente secuestrada, se enojaron conmigo y también me esposaron de las manos y de los pies, pues eso es lo que hacían con los migrantes que secuestraban. Me dijeron que querían que pagara la cuota. Yo les respondí que mi familia no tiene dinero, pero entonces también me golpeaban y me dieron cachetadas.

Pude ver como mataron a dos migrantes. Uno de ellos lo golpearon tanto que ya ni se movía y sólo me pedía agua, pero yo no se la pude dar porque ahí estaban los secuestradores. Después de un tiempo que estuvo tirado agonizando, se lo llevaron. Cuando regresaron escuché



Ésta es la primera vez que salgo de Honduras y me fui de ahí por mis hijos, pues no tengo el apoyo de mi pareja. Ahora a causa de las violaciones que sufrí estoy embarazada y no sé qué hacer.

44

que dijeron que no había aguantado y que lo habían tirado. A otro migrante al que acusaban de ser guía le dispararon y luego el jefe les dio la orden a los otros secuestradores que le enviaran la cabeza a un coyote en Nuevo Laredo, para que enseñara a sus muchachos a pagar la cuota.

Me soltaron después de que se convencieron que mi familia no les daría dinero, también porque yo limpiaba, iba a comprarles la cerveza y hacia lo que ellos querían.

Antonio Sánchez, guatemalteco, 30 años, soltero, tres hijos

21

Salí el 30 de julio de mi país, Guatemala, en un tráiler a la frontera de Tecún Umán. Llegué hasta Tapachula y de ahí me fui para Arriaga, donde me subí a un tren que me llevó a Ixtepec y luego hasta Medias Aguas, en Veracruz. Cuando estaba ahí con otros compañeros migrantes esperando de nueva cuenta el tren, llegaron dos camionetas blancas lujosas y todos empezaron a correr.

Entonces, yo con otros nos escondimos en el monte y vimos que a la gente que atraparon los secuestradores la metieron a un vagón y ahí los desnudaron y los golpearon. Los ladrones eran jóvenes, decían que eran Zetas, andaban armas y machetes; eran aproximadamente diez hombres.

Ese mismo día, mucho más tarde, salió un tren rumbo a Tierra Blanca, a donde llegó un carro cuatro puertas color verde y una camioneta con seis hombres armados. Como pudieron nos metieron a la camioneta y nos llevaron a una casa, donde estábamos como unos 50 hombres y una mujer. En cuanto llegamos nos pidieron nuestros números de teléfono; si no los dábamos, nos golpeaban, nos tableaban, nos pegaban con las cachas de las pistolas en la cabeza a todos, hasta a la mujer.

Los dos muchachos que se intentaron correr los mataron. A uno lo golpearon en la cabeza hasta que murió, después le dieron el tiro de gracia, lo metieron a una bolsa negra, con una cinta cerraron la bolsa y se lo llevaron a tirar. Al otro lo mataron de la misma forma; ellos eran salvadoreños. A los que se rehusaban a dar el número los golpeaban.



Cuando yo vi eso les di el número de teléfono de un vecino de mi esposa, a quien le pidieron mil dólares. Después, por la noche sólo me llevaron de comida una tortilla y agua. Luego que pagaron el rescate me soltaron, pero me dijeron que no hablara, porque tenían comprada a toda la policía de Tierra Blanca.

Martín Herrera, 25 años, guatemalteco, unión libre, sin hijos

22

Como a las tres y media de la mañana, nosotros estábamos subidos en el tren que está en Coatzacoalcos. Ahí nos agarraron cuatro muchachos vestidos de negro: dos eran hondureños y dos mexicanos. A todos los que estábamos ahí nos montaron en tres camionetas que tenían toldos verdes. En la que a mí me subieron iban como 30 personas más y no pude ver hacia donde nos llevaban.

La casa en la que nos metieron era color rosado, de dos plantas. Tenía dos ventanas con cortinas de hoja; la puerta era color caoba y tenía un portón eléctrico blanco. No había muebles; sólo unas colchonetas. Ahí en la casa ya tenían a 60 personas más. A todos nos juntaron y nos pidieron disculpas por el susto, pero nos dijeron que ellos querían los teléfonos de nuestras familias en Estados Unidos, para decirles que nos pasarían hasta allá. A los que aceptaban dar el teléfono les decían “confirmados” y los pasaban a la planta de arriba. A los que no tenían números o se cerraban a no darlos entonces los amenazaban. Yo estuve ahí cuatro días. Sí traía los números de teléfono, pero no se los di. Me interrogaron, porque venía con mi esposo y pensaron que él más bien era mi guía. Mi esposo se puso a platicar con los secuestradores y por eso nos llevaron en troca hasta la línea del tren.

Cerca de la alameda de Coatzacoalcos, nos fuimos con una señora que jala gente. A ella le dicen “La Madre”. Ella nos dio permiso de bañarnos y de llamar por teléfono. Luego ella nos llevó a otra casa. Ahí nos quedamos un mes, pero a mi esposo se lo llevaron para cruzarlo a Estados Unidos. Pasó un mes y no me pude comunicar con mi pareja. Lo único que sé es que lo dejaron en Reynosa.

A la compañera migrante con la que venía, la violaron todos los hombres, lo hicieron delante de nosotros.

Mientras, a mí me comenzó a acosar un tal Víctor. Él habló conmigo y me propuso trabajar con ellos. Me dijo que me iba a pagar mil pesos a la semana por hacer la comida para la gente que tuvieran. Otro de ellos me violó a los 28 días de estar ahí. Tocó la puerta de mi habitación y entró; él estaba borracho y me amenazó con que si gritaba me iba a ir peor. Entonces, me escapé. Esperé a que todos se fueran y como me tenían confianza, pues tomé un taxi hasta las vías y me fui.

Jennifer Vázquez, 21 años, hondureña, soltera, 1 hijo

46

23



En mi camino hacia los Estados Unidos, cuando veníamos en el tren mis compañeros y yo cerca de Monterrey, los Zetas nos bajaron del tren. Todos empezamos a correr, pero a mí me alcanzó uno, y empezó a agredirme, a golpearme, porque me quería escapar. Desperté hasta el otro día, golpeada y llena de sangre en mi cara; como pude me escapé y alcancé a llegar a un pueblo que estaba cerca, en donde encontré a una pareja que me ayudó, me llevaron a la Cruz Roja y de ahí me trasladaron aquí a la Casa del Migrante.

Ya nos habían secuestrado antes en Medias Aguas, donde nos tuvieron todo el día y la noche. Ahí nos habían bajado del tren unas personas con machetes y pistolas; nos llevaron al monte y ellos se aprovecharon de nosotras, abusaron de nosotras

y luego nos dejaron botadas. Fue ahí donde uno de los muchachos que también habían secuestrado se escapó y logró llamar al grupo Beta. Ellos llegaron y nos ayudaron, nos llevaron a la estación de policía a declarar lo que nos había pasado, luego a unos nos llevaron a una casa del migrante y a otros a la Estación Migratoria.



Como las autoridades no nos daban respuesta, nos desesperamos y al pasar de los días decidimos seguir nuestro camino.

Ésta es la primera vez que salgo de Honduras y me fui de ahí por mis hijos, pues no tengo el apoyo de mi pareja. Ahora a causa de las violaciones que sufrí estoy embarazada y no sé qué hacer.

Rocío, 28 años, hondureña, soltera, dos hijos

24

Ésta es la primera vez que intento cruzar a Estados Unidos. En Tenosique, Tabasco, el 3 de abril, cuando estaba en las vías del tren, me secuestraron junto con otras 90 personas. Los secuestradores eran cuatro varones, sólo uno de ellos tenía pistola; los demás usaban machetes de un metro de largo. Con ellos también andaban cuatro mujeres. La más joven tenía aproximadamente 25 años y la mayor como 30 años. Nos llevaron secuestrados en el tren como tres días. Ahí nos pedían que les diéramos los teléfonos de nuestras familias en Estados Unidos. Yo les dije que no tenía y que iba a cruzar sólo. Uno de los muchachos que iba con nosotros quiso saltar del tren para irse, pero entonces le dispararon. Yo vi que le dieron en la cabeza y se cayó del tren, pero la verdad no estoy seguro de qué haya pasado.

Cuando llegamos a Veracruz, nos bajaron del tren y nos dividieron en tres partes. Pusieron a 40 en una camioneta, 31 en otra y veinte en la tercera, que era donde yo iba. Esta camioneta era nueva y blanca, tipo Toyota, cerrada. Ahí nos trasladaron hasta Coatzacoalcos.

Nos llevaron a una bodega blanca y muy grande, en donde había dos secuestradores cuidándonos. Cuando le hablaban a los familiares, los engañaban diciendo que ellos eran coyotes que nos pasarían al otro lado y que, si no pagaban, nos entregarían a los Zetas. Eran como las once de la mañana cuando unos secuestradores fueron por comida y nos dijeron que iban a ver a quiénes los llevarían a la frontera y quiénes se quedarían ahí. En el lugar apenas llevábamos como una hora y media.

Yo dije que me iba a ir a bañar junto con otros dos compañeros, porque nos dijeron que para bañarnos usáramos una poza con agua muy sucia que estaba cerca de la bodega. Los que nos

Nosotros les dijimos a los de Migración lo que nos había pasado, que estuvimos secuestrados y ellos no hicieron nada, sólo se burlaban de nosotros.

cuidaban estaban medio dormidos, y fue entonces cuando aprovechamos para escaparnos del lugar.

Javier Velásquez, hondureño, 27 años, soltero, sin hijos

25

48

El lunes 3 de agosto, cuando me encontraba con mis compañeros en las vías del tren que están antes de Chontalpa, conocí a tres coyotes. Ellos llevaban en un vagón a varias personas y un poco más atrás, por la Cementera, nos habían alertado de un retén de Migración. Yo escuché cuando uno de los coyotes hablaba por celular y le decía que ya tenía a los buenos y que le enviaba los que no le servían a él. A nosotros nos dijo lo del retén y nos bajamos antes, así que los rodeamos. Ellos solamente nos dijeron que no les arruinaríamos el viaje, pues llevaban una gran mercancía; lo decía por cinco brasileños y tres hindúes, que iban en el tren. Nosotros pensamos que eran buenas personas y por eso los seguimos.

Los coyotes nos ofrecieron llevarnos a una estación más cercana, pues no pasaba el tren, así que hablaron por celular y llegaron tres camionetas blancas como para ganado, que tenían una lona verde que cubría la reja trasera. Nos subimos en sus camionetas aproximadamente 40 migrantes; nos llevaron como tres horas en las camionetas. Ellos manejaban muy mal, lo cual a todos se nos hizo sospechoso. Como teníamos mucha sed, les pedíamos agua y ellos nos amenazaron con sus armas. De pronto llegamos a una gasolinera y ahí todos hicimos bulla, gritábamos que estábamos secuestrados y uno de los compañeros rompió la lona que cubría la camioneta; alguien nos escuchó y llamó a la policía. Después, manejaron como cinco minutos cuando llegó la policía y detuvo a las tres camionetas. Los secuestradores hablaron con los policías federales y escuché que uno de los secuestradores hablaba por celular a un licenciado. Después de un rato, los policías dijeron que podíamos seguir; les dijimos que si con ellos y dijeron que no, que debíamos subir nuevamente a la camioneta de los secuestradores. Ahí supimos que se habían vendido; entonces, nos echamos a correr, pero a muchos los amenazaron con las armas para que subieran nuevamente a las camionetas. Entre ellos se encontraban un niño de ocho años, su papá y varias mujeres.

Sandro Vázquez, hondureño, 27 años, unión libre, 4 hijos
Alejandro Gómez, salvadoreño, 34 años, soltero, 3 hijos



26

Me encontraba en un pueblo al que le llaman Medias Aguas con seis compañeros centroamericanos, como a las once de la noche, cuando llegaron ocho hombres encapuchados. Dijeron que eran Zetas, tenían armas largas, que al parecer eran cuernos de chivo, y traían una camioneta color gris de reciente modelo. Nos subieron a la camioneta y nos llevaron a Coatzacoalcos, a una casa, de portón de hierro color negro, que tenía solo una ventana.

En el grupo de migrantes había una mujer y un joven como de diecisiete años. Mientras estuve ahí, que fue una semana, todos los días nos golpeaban y nos amenazaban, poniéndonos armas en la cabeza. Como les dije que no tenía familia que respondiera por mí, me golpearon. Primero me arrancaron una uña, me obligaron a que me quitara toda la ropa, después me revisaron y encontraron los números de teléfono, hablaron por teléfono a Honduras, mi familia envió 500 dólares. Luego, me amenazaban con arrancarme todas las uñas si mi familia no enviaba el dinero.

A la compañera migrante con la que venía, la violaron todos los hombres, lo hicieron delante de nosotros. Además, en la casa donde nos tenían había varios cuartos, con muchos más migrantes, no sé cuantos, pero todos los días y sobre todo por las noches se escuchaba que gritaban y lloraban.

Tres días después que mi familia había enviado el dinero, me sacaron de la casa y me subieron a la camioneta y nos llevaron al mismo lugar donde nos habían secuestrado.

Mario Cruz, 34 años, salvadoreño, casado, dos hijos

27

El 18 de agosto del año 2009, en Tenosique, Tabasco, unos cinco hombres detuvieron el tren y se montaron, todos usaban armas cortas. Nos llevaron a unos 35 migrantes en el tren hasta Coatzacoalcos, llegamos a una casa que está cerca de la línea, ahí estuvimos dos horas, nos bañamos y comimos. De ahí nos sacaron unos hombres diferentes a los que nos habían enganchado, que andaban uniformes de Pemex con un overol color naranja.

Los secuestradores le decían a mi familia que cada envío lo deberían hacer personas distintas, porque no querían tener problemas.

50

Nos llevaron a Reynosa y ahí llegamos a una casa lujosa, cerrada por dentro con tablas. Los secuestradores nos quitaron los zapatos, el cincho y el dinero que andábamos. Cada semana, el martes, y cuando se retrasaba el miércoles, llegaba un viaje de migrantes, de 80 personas más o menos. Cuando llegaban los migrantes nuevos los subían a la planta alta, donde había varios cuartos donde nos clasificaban. A los nuevos, los pasaban a un cuarto, donde los obligaban a que se comunicaran con su familia y después pasaban a otro cuarto de confirmados, cuando la familia ya decía cuánto pagaría. En ese cuarto había un hombre encargado de los guardias, que decía que le gustaba que los zapatos estuvieran llenos de sangre y cada vez que podía, nos golpeaba.

Los secuestradores se comunicaron con mi esposa y ella les envió dos mil dólares y después envió mil quinientos dólares más. Sin embargo, no me dejaban ir, por eso, con un grupo planeamos escaparnos. Salimos y corrimos cerca de un río, pero ahí nos agarraron unos chavos bien vestidos, que se hacen llamar “la mafia”. Ellos nos preguntaron que de dónde nos habíamos escapado; después, nos llevaron a la casa de una mujer que es coyote, pero ella les dijo que nosotros no éramos de ella. Luego nos sacaron de ahí y nos llevaron a la policía municipal y nos encarcelaron. Al día siguiente, los policías municipales nos entregaron a Migración. Nosotros les dijimos a los de Migración lo que nos había pasado, que estuvimos secuestrados y ellos no hicieron nada, sólo se burlaban de nosotros.

Enrique, hondureño, 27 años, casado, 2 hijos

28

Fui agredido y asaltado en las vías del tren en Chiapas, donde se veía de todo: mientras a unos nos asaltaban, otros eran secuestrados y las mujeres eran violadas.

Después de eso, llegué a una Casa del Migrante en donde puse la denuncia de lo que me había pasado en el camino; sin embargo, continué hasta llegar a Tierra Blanca, pero ahí me secuestraron junto con los compañeros con los que venía.

Los secuestradores eran hombres armados y muy agresivos que nos hicieron preguntas sobre quién nos llevaba y nos agarraron y nos amenazaron con sus armas. Nos llevaron a un lugar al



que le dicen el “punto” en donde nos tuvieron algunos días. En ese tiempo pasaban preguntándonos quien era el pollero, pero nosotros decíamos que nadie. Querían tres mil dólares por cada persona.

A mí me querían matar porque no les decía quién nos llevaba, estuvimos ahí como cinco días con más personas, éramos como 35, todos centroamericanos, entre nosotros había hombres, mujeres y niños.

Mi familia pagó el rescate y llegué hasta el Distrito Federal y puse la denuncia. Ahí fui amenazado por las autoridades mexicanas y al hacer mi declaración, me pidieron que dijera cosas que yo no había hecho. Entonces mejor no dije nada y seguí mi camino.

Arturo Flores, nicaraquense, 37 años, casado, tres hijos

29

El 26 de noviembre de 2010 venía en el tren con otros compañeros, llegamos a Coatzacoalcos y ahí le pedimos a un taxista que nos llevara a la Casa del Migrante. Nos dijo que la habían cerrado, pero que había otra casa de una “madre”, donde nos podíamos quedar. Tuvimos confianza porque la “madre” se portaba muy bien con nosotros, nos daba comida, nos atendía bien. Ella nos ofreció cruzarnos a Estados Unidos, para lo cual nos pidió de inicio 300 dólares, y nos dijo que en total nos cobraría mil quinientos.

De Coatzacoalcos nos trasladaron a Monterrey en un tráiler. En Monterrey nos llevaron con un taxista que nos llevó a Saltillo. De ahí nos dieron dinero y nos dijeron que compraríamos un boleto a Zacatecas, Zacatecas. Una vez que llegamos, nos llevaron a una casa en una colonia popular, y ahí nos dimos cuenta que estábamos secuestrados, porque los hombres estaban armados, con armas largas y encapuchados, nos amarraron y después nos pasaron a un cuarto donde los que no daban los números de teléfono o que la familia no tenía dinero para enviar, los golpeaban con unas tablas con clavos.

Cuando tocó mi turno, yo no me resistí, les di los números de teléfono de mi familia y ellos enviaron tres envíos de mil quinientos dólares. Los secuestradores le decían a mi familia

Yo veía que sacaban a algunas personas y que ya no regresaban; no sé qué es lo que habrá pasado con ellas.

que cada envío lo deberían hacer personas distintas, porque no querían tener problemas. Tengo entendido que un envío lo hizo mi papá, otro mi esposa y otro un cuñado.

Después de una semana me soltaron, me dieron dinero y me llevaron a la central de autobuses. Ahí me compraron un boleto a Saltillo y me dijeron que comprara un boleto a Nuevo Laredo, porque de ahí me cruzarían a Estados Unidos. Yo sabía que me mentían, así que al llegar a Saltillo compre un boleto a Reynosa y en el trayecto había un retén de policías federales, que me detuvieron y me entregaron al Instituto Nacional de Migración.

Santos Guzmán, guatemalteco, 35 años, casado, cuatro hijos

30



Fui secuestrado el día 14 de diciembre de 2009 en Tensique, Tabasco, cuando me dirigía a Coatzacoalcos, Veracruz. Viajaba en un tren de carga con aproximadamente 60 compañeros migrantes más, cuando se paró el tren en medio de una montaña y se subieron varios hombres con lámparas. Nos aluzaban en la cara y después nos amenazaron con sus armas, nos obligaron a bajarnos con golpes y empujones; después nos revisaron y nos subieron nuevamente a un vagón del tren a todos. Dos de ellos estaban adentro vigilando con armas largas, empezaron a golpearlos y a golpear a las mujeres. Yo venía con una amiga, pero entonces uno de los hombres me dio una patada en el estómago y me dijo que yo no tenía derecho a ir con ella.

Llegaron dos camionetas a las que nos montaron. Transcurrió aproximadamente una hora hasta que llegamos a una casa, que tenía un baño, un patio y un lugar improvisado donde podíamos lavar la ropa, pero sólo si uno se portaba bien se ganaba el derecho a bañarse o a lavar su camisa.



(...) Los vecinos saben lo que pasa, bien saben cuando torturan a las personas, se oye todo y es espantoso, no tienen sentimientos. Ahí había como unos 100 migrantes hombres y como 20 mujeres, a quienes obligaban a hacer la comida y las maltrataban y las violaban. Abusaban sexualmente de todas las mujeres, delante de mí abusaron de la muchacha con la que yo venía, para que yo les diera los números de teléfono.

En el cuarto donde yo estaba había veinte personas, todos lo que no éramos buenos, esto es, los que no teníamos quien respondiera por nosotros. Nos daban comida una vez al día, sólo arroz con frijoles y a veces tortillas, pero la verdad que nadie comía. En esos momentos a uno se le va el hambre, porque es todo el día que nos golpean, nos amenazan para que les demos los números telefónicos y nos insultan. Yo pasé casi una semana que no me podía sentar, ni ir al baño, por los golpes que me dieron en los glúteos.

A mí me apartaron porque yo venía con la muchacha y también me decían que yo hablaba muy diferente a los demás, me quitaron mi ropa y me preguntaban si yo traía a la muchacha, es decir, si yo era guía o coyote. Un muchacho de los secuestradores me quitó 400 dólares que cargaba porque tenía poco que me habían deportado de Estados Unidos. Me preguntaban cómo yo había obtenido ese dinero, yo les decía que trabajando en Honduras había ahorrado, pero no me creían y me aislaban de los demás.

Los secuestradores eran aproximadamente diez, todos eran adictos, inhalaban droga y todos usaban armas largas y armas cortas; algunos se cubrían la cara con pasamontañas.

Mientras que estuve encerrado llevaron a un muchacho de Guatemala, porque también creían que traficaba con gente, lo golpearon muy duro. No lo mataron pero si lo golpearon en la cabeza con la cacha de la pistola, le daban patadas, le pegaron doce tablazos, y a todos los migrantes nos ponían a ver, decían que si no les dábamos los números telefónicos nos pasaría lo mismo. El muchacho se desmayó y se lo llevaron.

A mí me tuvieron un tiempo y después también me golpearon mucho porque no les daba los números telefónicos y ponían a la muchacha con la que venía a que viera como me golpeaban, y me decían a mí que si no daba los números la harían hablar

A veces, las personas que nos pegaban al mismo tiempo nos pedían perdón, diciéndonos que ellos no querían hacer eso, pero que los Zetas los tenían ahí a la fuerza.

54

a ella. La muchacha sabía que me habían deportado de Estados Unidos, ella se me quedaba viendo, pero no decía nada.

Los secuestradores nos decían a nosotros que estaban cobrando 1,600 dólares hasta llegar a Estados Unidos. Pero era mentira, porque había un muchacho que aceptó irse con ellos. Los secuestradores hablaban a la familia y le decían que ya estaba en Estados Unidos; la familia creía eso porque tienen un número donde aparece como si fuera de Estados Unidos, pero en realidad estaban secuestrados ahí con nosotros.

Pasamos todo el mes de diciembre secuestrados, hasta el 8 de enero que nos soltaron. En todo ese tiempo ya nos habían torturado y maltratado mucho; cuando nos sacaron estábamos todos débiles y sin fuerza. A la muchacha que andaba conmigo no la dejaron salir, nos dieron la opción que sólo uno de los dos podría salir. Ella me dijo que ella se quedaba, dijo que ella mujer, que ya habían abusado de ella y que tal vez la podían soltar, pero a mi seguro que me mataban. A mí me dolió mucho dejarla, pero sabía que lo que decía era cierto.

Nos fueron a botar cerca de la estación del tren de Coatzacoalcos, ahí nos tiraron. No sé cómo sacamos fuerza para caminar; yo pensé que esas personas nos dispararían cuando nos soltaron, porque nos advirtieron que solo teníamos cinco segundos para desaparecer de su vista. Yo pensé que tal vez nos seguirían; salimos corriendo desesperados. Corrimos por la línea.

Llegamos a donde hay unos taxis, les dijimos que nos habían secuestrado y no nos hicieron caso, dijeron que éramos indocumentados y que no querían problemas con la ley. Después, encontramos una patrulla de policías municipales y les dijimos lo que nos había pasado y que nos queríamos entregar a Migración para regresar a nuestro país. Ellos nos preguntaron que quién nos había traído a México, les contestamos que nadie y entonces nos dijeron que así como habíamos llegado, que así nos regresaríamos.

Rodrigo, hondureño, 32 años, divorciado, una hija

31

Lo que voy a platicar fue una cruel experiencia que me sucedió en octubre del 2007. No recuerdo la fecha exacta, pero sí todo lo



que sucedió. Yo iba caminando por un lugar llamado el Moral, que está entre Acuña y Piedras Negras, ya muy cerca del Río Bravo, cuando de repente aparecieron unos individuos que parecían tener malas intenciones. Eran aproximadamente 20 personas, todos mexicanos, que portaban armas calibre nueve y 45 milímetros y también cuernos de chivo. Se nos acercaron, nos rodearon y comenzaron a desnudarnos y a quitarnos todo lo poco que traíamos de valor; enseguida, nos llevaron a un lugar para encerrarnos. En el trayecto pude ver que disparaban hacia el río para cerciorarse de que no se encontrara nadie. Dos personas murieron por culpa de esos disparos.

No recuerdo nada del lugar donde estuvimos, porque nos llevaron con los ojos vendados, pero recuerdo que nos pedían 150 dólares para que nos pudieran liberar. Querían los números de teléfono de nuestra familia y también querían que cruzáramos cargando unos paquetes en la frontera. Yo les dije que no tenía dinero ni ayuda de ningún familiar. Donde nos encerraron estaban otras quince personas más; eran seis mujeres, siete hombres y dos pequeños. En esos cuatro días que estuve secuestrado, escuché a la gente llorar mucho porque nos golpeaban, nos amenazaban, nos insultaban y nos ponían el cigarro en las partes de nuestro cuerpo para que habláramos y diéramos los teléfonos. Yo veía que sacaban a algunas personas y que ya no regresaban; no sé qué es lo que habrá pasado con ellas.

Yo logré escaparme gracias a una visión que nuestro Señor Jesús me dio. De repente, vi una luz y sentí que debía salir por una apertura que el cuarto donde estábamos tenía. Entonces, me dio mucho valor y salí corriendo lo más que pude hasta desaparecer de ese lugar.

Luis Pérez, 53 años, mexicano, casado, 2 hijas

32

Cuando me bajé del camión en la central de autobuses de Matamoros, Tamaulipas, se me acercó un muchacho hondureño que traía tatuadas las letras de la Mara Salvatrucha. Me dijo que yo ya venía reportado y que me tenía que ir con él. Pensé que se trataba de algo malo, así que no quise hacerle caso; sin embargo, él me dijo que era de los Zetas y que no intentara

Como a las dos horas de esto la policía nos entregó a un tipo (...); este hombre nos metió a una camioneta de doble cabina en la que había ocho personas que decían que eran Zetas.

56

escapar, porque en la central bien se sabía lo que pasaba, pero que todos estaban controlados y no harían absolutamente nada. Entonces, me entregó a cuatro policías, que estaban vestidos de azul y que llevaban unas pistolas pequeñas.

Los policías me subieron a una patrulla tipo camioneta, color blanca con azul. Me llevaron a un parque que tiene un lago y que está enfrente de la central. Ahí me comenzaron a registrar, buscándome números de teléfono. Mientras lo hacían, me pidieron disculpas, diciéndome que lo sentían mucho, pero que estaban mandados por los Zetas. Yo les dije que me dejaran ir, pero ellos me contestaron que no podían, que sólo Dios me podría salvar. Encontraron el teléfono de mi hermano en Miami y de mi mamá en Honduras. Le llamaron a mi hermano y le dijeron que yo estaba secuestrado y que tenía que depositar tres mil dólares por mi rescate. Después, me subieron a un carro pequeño, color rojo, que estaba un poco nuevo. Tardamos más o menos una hora en llegar a la casa donde me tuvieron. En el trayecto iba amenazado con una pistola; además, me pegaron un tablazo en la espalda y me hicieron mascar una caja de chicles eléctricos, porque querían que a fuerza mi familia soltara el dinero, aunque ya les habían dicho que sí se los iban a dar.

Llegamos a una bodega que por fuera es bastante grande, blanca y con un portón negro. Adentro hay perros y gallinas. Había unos pocos colchones, que nos alcanzaban para acostarnos, cinco en cada uno de ellos, porque además de mi, había otros 45 secuestrados más. Había tres mujeres, un niño de quince años, otro niño de trece y muchos más. Ahí me pusieron a trabajar limpiando pollos y cocinando. Una vez me llevaron a un rancho para que también trabajara. Los que nos cuidaban eran como ocho en total. A veces, las personas que nos pegaban al mismo tiempo nos pedían perdón, diciéndonos que ellos no querían hacer eso, pero que los Zetas los tenían ahí a la fuerza. Uno hasta se ponía a orar con nosotros, porque es cristiano. En la mañana nos daban café con pan; después, como a la una, nos servían unas cuantas tortillas con frijoles y en la cena lo mismo. Nos golpeaban para que habláramos. A un muchacho le quitaron el dedo pequeño de la mano para que diera su número. Nos hicieron cosas muy feas; en este momento no quiero decir qué. Yo sólo puedo decir que los apoyaba calentando las tortillas y cocinando, para que no me maltrataran más. Platicando



con los que estaban ahí, me enteré de que en Monterrey y en Reynosa también hay gente vigilando las estaciones de camión. A unos los llevan engañados, con que son guías y los van a pasar del otro lado, pero a otros, como a mí, nos llevan a la fuerza.

Estuve secuestrado quince días, esperando a que entre mi mamá y mi hermano juntaran el dinero para poder liberarme. Mi mamá tuvo que vender el negocio que yo tenía en Honduras. Reunieron sólo dos mil 700 dólares. Con eso se conformaron los secuestradores, así que un miércoles en la tarde me fueron a llevar al mismo parque que está cerca de la estación y ahí me soltaron. Tuve que pedir toda la noche dinero en la central, hasta que pude ajustar para el pasaje del camión. Ahora ya no quiero ir más para arriba.

Mauricio García, 27 años, hondureño, soltero, sin hijos

33

A mediados del mes de julio, llegando al estado de Nuevo León, pude conseguir jale junto con siete personas más: una de Guatemala, cuatro de Monterrey y dos de Veracruz. Trabajábamos limpiando pozos petroleros en Nuevo Laredo, pero nosotros vivíamos en General Bravo.

Un día después de trabajar yo y mis compañeros

fuimos a una tienda en General Bravo a comprar una botella de “Don Pedro”. Después de comprarla unos policías municipales nos detuvieron con el pretexto de que nos habíamos robado la botella, nos esposaron y nos treparon a la camioneta para



llevarnos a los separos. Como a las dos horas de esto la policía nos entregó a un tipo pelón con una cola de caballo; este hombre nos metió a una camioneta de doble cabina en la que había ocho personas que decían que eran Zetas. Nos comenzaron a golpear, nos daban cachetadas y nos pegaban con una regla estilo mazo en todo el cuerpo; también nos vendaron los ojos y nos llevaron a lo que llamaban la casona, hicimos como una hora de camino.

Al día siguiente, nos subieron a otra camioneta que olía a diesel y nos decían que nos iban a meter en toneles para quemarnos vivos. Como después de cinco horas de camino, no sé si en Reynosa o en Nuevo Laredo, se detuvieron en un túnel. Ahí nos quitaron las vendas de los ojos y nos comenzaron a golpear con una barra de metal y nos gritaban “por robar cabrones”, después nos llevaron a un comedor donde nos quitaron las esposas para poder comer y nos decían que ése era nuestro último día, porque nos iban a dar piso.

En Cadereyta nos preguntaron que si queríamos trabajar para ellos como “halcones”, que nada más teníamos que avisar si había soldados en la carretera. Yo dije que sí para salvar mi vida. Entonces me llevaron junto con mis compañeros a un lugar de tiro, donde nos presentaron al jefe. Él nos dijo que si nos queríamos ir que lo podíamos hacer. Nos ofrecieron comida, fruta y agua. Nos trataron muy bien y dieron la orden de que nos llevaran a un hotel. Al día siguiente, el jefe se presentó en el hotel para darnos comida y 200 pesos, diciendo que nos veríamos al día siguiente, pero nunca llegó. Después de tres días llegó un tipo flaco para avisarle a los que nos vigilaban que nos podían dejar libres porque habían matado al jefe, así que nos liberaron.

*Walter Amilcar Carrillo, guatemalteco, 22 años de edad,
soltero, sin hijos*



Conclusiones



61

Después de escuchar a las y los migrantes, escribir sus historias y volver a leerlas, cualquier análisis situacional rebasa, por mucho, la comprensión de los hechos. La masacre que el pueblo centroamericano sufre en territorio mexicano sale de toda comprensión racional y sólo puede nombrarse, ciertamente, como una tragedia humanitaria. Luego de haber gritado lo que sucedía, el silencio del asombro es la conclusión más congruente que encontramos; no hay por qué ni para qué dilucidar más significados al sufrimiento que no tiene sentido alguno.

Van entonces, a manera de cierre, algunas frases que pueden servir para concluir este escrito, pero que de ninguna manera pretenden ser expresiones lógicas del dolor, sino sólo antesala racional de lo que necesariamente tendrá que suceder, si es que este país, de verdad, tiene pretensiones de cambio.

- Hasta la fecha, las Casas del Migrante y la Comisión Nacional de los Derechos Humanos han documentado

Es condición necesaria para la transformación del país que la sociedad adopte una postura consciente, abierta y solidaria.

un estimado de 20 mil secuestros por año cometidos contra personas migrantes en tránsito por México, la gran mayoría de ellas, de origen centroamericano.

- El secuestro es perpetuado por miembros del crimen organizado, siempre en colusión (abierta o no) de agentes estatales de los tres niveles de gobierno, entre los que destacan los servidores públicos del Instituto Nacional de Migración, de la Policía Federal y de las policías municipales.
- Los secuestros van acompañados de delitos como la desaparición forzada, el reclutamiento forzado, la tortura, el homicidio, la trata de personas, el abuso sexual y la extorsión.
- El secuestro a personas migrantes es una violación gravísima a los derechos humanos que viene siendo documentada desde el 2008; sin embargo, el Estado todavía no realiza ninguna acción precisa y exitosa para prevenirlo, combatirlo y erradicarlo.
- Los programas de regularización migratoria están condicionados y basados en la expedición de documentos, mas no en la atención integral de las víctimas. Por lo tanto, las personas migrantes que deciden denunciar el delito no encuentran condiciones de vida digna en México y deciden regresar a sus lugares de origen.
- Además, ni las personas migrantes ni la mayoría de sus defensoras y defensores confían en los ministerios públicos ni en las autoridades investigadoras, por lo que la interposición de una querrela es considerada como un acto de riesgo que no vale la pena ante la impunidad persistente.
- Las Casas del Migrante y centros de derechos humanos que han ampliado sus horizontes hacia esta población son las únicas organizaciones que han cumplido con procurar a las personas migrantes atención humanitaria y protección de sus derechos humanos. El Estado, responsable siempre de la vigencia de los derechos humanos de cualquier persona que se encuentre en territorio mexicano, ha sido omiso o negligente en la custodia de esta población.



- Con los lineamientos y parámetros actuales, la política de control migratorio únicamente está causando más accidentes y provocando un mayor estado de vulnerabilidad para quienes cruzan México con la esperanza de encontrar un futuro mejor en Estados Unidos. Por lo tanto, es indispensable que el gobierno federal contribuya a la creación de nuevas dinámicas migratorias en las que prevalezca la lógica de la protección de los derechos humanos.
- La transformación de la situación actual de las personas migrantes es también responsabilidad de Honduras, Guatemala, El Salvador y Nicaragua, quienes deben urgirse a dejar atrás la conflictividad histórica que los representa y comenzar a tejer bases de vida digna para sus habitantes. Las personas no tendrían por qué verse obligadas a salir de sus países de origen.

La problemática del secuestro a migrantes evidencia un sistema económico estructural que afecta a la mayoría de las personas tanto en Centroamérica como en México. La dinámica de privilegiar el crecimiento de algunos sectores privados por encima del enriquecimiento del resto de la población, trae como consecuencia la vulneración de todos los derechos humanos y la permanencia de un Estado en el que se privilegian las prácticas de violencia, corrupción e impunidad por encima del bien común. Ante este esquema, corresponde a las y los que habitan y transitan por México procurar, defender y consolidar la vigencia de los derechos humanos mediante prácticas cotidianas de solidaridad y colectividad. Es condición necesaria para la transformación del país que la sociedad adopte una postura consciente, abierta y solidaria, para de esta forma poder exigir a las autoridades que erradiquen su dinámica de perpetuación de la violencia.



Esta primera edición terminó de imprimirse en diciembre de 2011 en la imprenta *ideas en punto* (ienpunto@yahoo.com) como una contribución de las organizaciones que lo elaboraron, para que la sociedad tenga una idea más clara de las violaciones de derechos humanos que sufren los migrantes al transitar por México.

Cuidado de la edición: ggs/qgf

La migración es un fenómeno mundial que, a lo largo de las últimas décadas, ha sido motivado y acrecentado por la lógica económica-productiva de un sistema de libre comercio que fomenta el movimiento de los seres humanos desde los países no desarrollados hacia aquellos que prometen condiciones para mejorar la calidad de vida.

Desde hace varios años, Centroamérica se ha consolidado como una región expulsora de migrantes debido a las constantes crisis económicas y sociales que imperan, así como a la nula capacidad de los Estados de procurar condiciones de vida digna para sus ciudadanos. Esto significa que, incluso antes de salir de sus comunidades de origen, quienes se convierten en migrantes son, de por sí, víctimas de graves violaciones a sus derechos humanos.

La condición de vulnerabilidad por la falta de garantías de derechos humanos en el país de origen se agrava durante el tránsito por México debido a dos factores: la invisibilidad o clandestinidad en que las personas migrantes se ven obligadas a viajar y el contexto de violencia actual del país. Este cuaderno ofrece un contexto fundamentalmente testimonial al tema de los secuestros de migrantes en México.



Este informe fue apoyado por el Fondo Canadá para Iniciativas Locales.